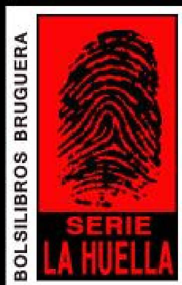


Lou Carrigan

EL HUNDIMIENTO DEL "STELLA MARIS"


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

EL HUNDIMIENTO DEL «STELLA MARIS»

Colección LA HUELLA n.° 70
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 609-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: marzo, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Roger Lambert apagó el cigarrillo cuando, por fin, oyó la llegada de un coche delante de la casa. Había dejado las verjas abiertas a propósito, para que el visitante pudiese llegar allí directamente, sin tener que esperar.

Se puso en pie, fue a la ventana del despacho, y fuera, en el discretamente iluminado jardín de la pequeña villa de la rué Baria, en el barrio nizardo de Riquier, vio el coche. Un coche que ya conocía: Rudolf Korlak acudía a la cita lijada.

Salió del despacho, fue a la puerta de la casa, y la abrió, justo cuando el visitante se disponía a llamar.

—¡Ah…! —musitó éste—, me ha visto llegar, Lambert.

—Pase, Korlak. Naturalmente que le estaba esperando.

Eran dos hombres en cierto modo parecidos. Los dos de unos cuarenta y tantos años, buen aspecto, elegantes, expresión inteligente. Quizá, el visitante tenía un cierto aire aristocrático del que carecía Lambert.

—Me temo que me he retrasado un poco —dijo Korlak.

—No importa. Lo grave sería que no hubiese llegado. Aunque, francamente, Korlak, no sé si he entendido bien sus propósitos.

Cruzaron el vestíbulo sin cambiar una sola palabra más. Se instalaron en el despacho de Lambert, que encendió otro cigarrillo. Korlak le miraba fijamente, como esperando adivinar qué era lo que realmente pensaba el hombre que, todavía, era su jefe.

—¿Quiere beber algo? —propuso Lambert.

El aristocrático Korlak movió negativamente la cabeza.

—No. Mire, Lambert, comprendo que mi decisión ha debido molestarle… Incluso preocuparle. Supongo que usted ha estado pensando en el modo de disuadirme, pero no hay nada que hacer al

respecto: mi decisión es firme.

—De acuerdo. Hasta ahora, usted ha sido un buen colaborador de la CIA, de la cual yo soy residente jefe en Niza. Nos hemos entendido bien, ¿no es así?

—Francamente, sí.

—Entonces, vamos a llevar la conversación casi al terreno personal, para que yo entienda mejor las cosas. Korlak: ¿por qué se retira usted? Así, de pronto, por sorpresa… Por auténtica sorpresa, si he de serle sincero. Creía que estaba contento.

Rudolf Korlak se pasó una mano por la boca, mientras miraba alrededor con desconfianza. Aparentemente, no había de qué desconfiar. Estaban en un despacho amplio, elegante, confortable, eso era todo.

—¿No hay micrófonos? —musitó.

—Vamos, no sea estúpido —gruñó Lambert.

—Está bien. ¿Quiere saber por qué me retiro? Pues, sencillamente, estoy cansado… ¿Estamos solos? ¿Realmente, Lambert?

—Supongo que no debo irritarme con usted —sonrió el residente jefe de la CIA en Niza—. Está un poco intimidado, y es natural, ya que no es fácil abandonar el servicio de la CIA. Pero ya le he dicho que vamos a hacer de esto una… un intercambio de ideas personales, no… oficiales. No hay nadie en la casa, ni hay micrófonos, ni nada que deba preocuparle. Dentro de un rato, cuando usted se vaya, llamaré a Marsella para informar de su dimisión, y diré eso: que está usted cansado. Pero…, ¿cuál es la verdad, Korlak?

—La que le he dicho. Estoy cansado. De verdad, Lambert. Llevo algún tiempo metido en esto, y creo haberles sido útil. Estoy muy bien introducido en las altas esferas, y eso ha dado excelentes resultados. Yo he cumplido, ustedes han cumplido pagándome bien, y eso ha sido todo. Ya no quiero seguir…, aún a riesgo de que la CIA tome algunas represalias contra mí.

—No está usted hablando en serio —sonrió, con mal contenido disgusto, Roger Lambert.

—Bueno… No sé. De todos modos, creo que siempre hay que escoger lo menos malo.

—¿Lo menos malo? ¿A qué se refiere?

—A nada.

Lambert estuvo unos segundos mirando a Korlak, con los ojos entornados.

—Ha dicho usted *lo menos malo*. Por lo que yo entiendo, lo menos malo sería para usted que la CIA se… molestase con usted. Y por tanto, queda claro que hay algo más malo que eso. ¿Qué es ello, Korlak?

—Usted está obteniendo conclusiones gratuitas —se movió nerviosamente Korlak en el sillón.

—Es posible. Por todos los demonios…, ¿qué es lo que teme usted? ¿No se siente seguro al lado de la CIA?

—Tal como están las cosas, no.

—¡Ah…! ¿Y cómo están las cosas?

Korlak se pasó una mano por la frente. Desde su sillón, Lambert se daba perfectamente cuenta de que en aquella frente habían unas gotitas de sudor. Conocía aquel sudor muy bien; aquella fina transpiración era la expresión de un estado tenso, de angustia. Algo había ocurrido, o algo iba a ocurrir, que tenía a Rudolf Korlak en un estado de ánimo francamente preocupante.

—Deseo marcharme, Lambert.

—¿De Niza?

—De aquí, de esta casa. Ahora.

—Ya le he dicho que estamos solos. Maldita sea su estampa, ¿qué es lo que teme?

Rudolf Korlak sacó por fin el pañuelo, mucho más adecuado y efectivo que la mano para enjugarse el sudor. Volvió a mirar alrededor, como si quisiera atravesar las paredes con la mirada.

—No pienso seguir esta conversación aquí. Si quiere que sigamos hablando, tendrá que ser en otro sitio. De todos modos…, ¿qué vamos a ganar con esta conversación? Lo mejor es que me vaya, y que usted llame por la radio a Marsella, para informar de mi dimisión irrevocable.

—Le conozco a usted muy bien, Korlak: esa llamada ya está hecha.

—¿Ya ha llamado a Marsella? ¿Y ha informado de mi dimisión?

—Por supuesto. No sé cómo repetirle que sólo me guía la curiosidad personal. Niza, generalmente, es un lugar tranquilo en cuanto a las actividades del espionaje internacional. Claro que se

hacen compras y ventas de informes, y naderías, pero no es en modo alguno una plaza fuerte, un punto decisivo en ningún aspecto. No entiendo por qué está usted asustado.

—La opinión de usted respecto a que Niza es un punto de escasa importancia en el espionaje internacional, no tiene por qué ser exacta, Lambert.

—¡Ajá…! Había pensado algo así. Cuando Korlak abandona, es que pasa o va a pasar algo importante. Y así lo sugerí a Marsella. Pero ahora, despreocupémonos de Marsella, ya que el residente de allí, hará contacto con París y tomarán las medidas que convenga cuando ocurra… lo que tiene que ocurrir. Y… ¿qué es lo que tiene que ocurrir, Korlak?

—No pienso decir nada más. Adiós.

Korlak se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta. Roger Lambert lo contempló, estupefacto, un instante. Rápidamente, salió en pos de Korlak, alcanzándolo en el vestíbulo.

Lo agarró de un brazo.

—Rudolf, por última vez…

Korlak se desasió tan bruscamente del brazo de Lambert que éste describió casi media vuelta, tambaleándose, quedando prácticamente de espaldas con respecto a Korlak. Éste sacó la mano derecha del bolsillo del pantalón, empuñando una porra confeccionada con una alargada bolsa de plástico y arena…

El golpe en la parte posterior de la cabeza de Lambert apenas se oyó. Fue un sonido blando, como un chasquido. Roger Lambert abrió mucho los ojos y la boca, se volvió, pareció a punto de decir algo…, y se desplomó en los brazos de Rudolf Korlak.

Sin la menor vacilación, éste arrastró a Lambert hacia la puerta lateral del vestíbulo que comunicaba con el garaje directamente. Abrió esta puerta, y arrastró a Lambert al interior del garaje, muy amplio, ocupado por un solo coche. Korlak depositó a Lambert en el suelo, junto a la parte posterior del coche. Luego, fue a sentarse ante el volante. Las llaves estaban en el contacto, así que no hubo problemas secundarios. Puso en marcha el motor, y se apeó, sacando un corto tubo de goma, de unos cuarenta centímetros del bolsillo interior de la chaqueta.

Por un instante, al ver a Lambert tendido sin conocimiento, Korlak vaciló. Sólo un instante. Luego, introdujo un extremo del

tubo de goma en el tubo de escape, y el otro extremo en la boca de Roger Lambert. El motor del coche, frío, funcionó un tanto sincopadamente durante un par de minutos, pero tomó ritmo rápidamente. El monóxido de carbono que brotaba por el tubo de escape iba a parar casi en su totalidad a los pulmones y estómago de Roper Lambert.

Solamente se oía el zumbido del motor.

Una gota de sudor se desprendió de la frente de Korlak sobre el crispado rostro de Lambert, que se agitaba. Korlak cerró los ojos, y sujetó con más fuerza a Lambert…

Por fin, se decidió a tomarle el pulso.

Nada.

Ni un solo latido.

Dejó a Lambert tendido en el suelo, y puso una oreja sobre su pecho, al mismo tiempo que seguía buscando el pulso en una muñeca.

Nada que hacer.

¡*Voilá, c’estfini*!

Korlak se incorporó, y se pasó una manga por la frente. Luego, guardó el tubo de goma, y miró a su alrededor. No había nada que pudiese inquietarle.

Dejando en marcha el motor del coche, salló del garaje, al vestíbulo. Cruzó éste, abrió la puerta, salió de la casa, y se metió en su coche. Segundos después, abandonaba la villa en rué de Riquier. Ante sus ojos, la imagen de Roger Lambert, con el rostro desencajado y los ojos desorbitados parecía ir apareciendo en oleadas sucesivas, interminables.

—¡Al diablo! —jadeó.

Todo lo que tenía que hacer ahora, antes de regresar al *Stella Maris*, era llamar por teléfono a Córcega. Concretamente a Ajaccio.

* * *

A doscientos kilómetros de Niza, se halla la isla de Córcega. En ésta, Ajaccio, la capital. Ajaccio, durante la noche, parecía un bonito juguete de colores. La Ciudadela, la Catedral, el Casino, el larguísimo Cours de Napoleón. Las magníficas playas del Golfo de

Ajaccio brillaban a las luces de la ciudad y de los hoteles.

En Ajaccio, hacia el sudoeste de la ciudad, está el *boulevard* Scamaroni. Y en éste, exactamente en el número 9, una hermosa quinta con amplio jardín con muchos árboles y arbustos de flores. Una casa grande, hermosa, de construcción clásica, rematada con dos torres. Cerca de la casa, el reflejo de las estrellas en las aguas de una piscina de forma caprichosa.

Dentro de la casa, estaban Eusebius Wallenstein, el propietario. Eusebius Wallenstein tenía alrededor de cincuenta años, era delgado, no muy alto, de afiladas facciones, mirada azul y fría, incluso desagradable, por su fijeza y penetración. Una de las características de Wallenstein era precisamente esa mirada, que solía poner nerviosos a quienes trataban con él. Otra característica era su elegancia, refinada, meticulosa. En ocasiones, Wallenstein parecía un extraordinario muñeco de cera.

Eusebius Wallenstein, como casi todo el mundo, tenía sus excentricidades. Por lo pronto, su despacho no era nada vulgar, o, mejor dicho, nada convencional. No había mesa escritorio, ni la necesitaba. Para su comodidad y regocijo, Wallenstein tenía un enorme sillón en el cual resolvía asuntos tras meditaciones nada precipitadas. Un enorme sillón poco corriente, por no decir único; en lo alto del respaldo había, como remate, una gran cabeza disecada de tigre de Bengala; y lo mismo en los extremos de los brazos del sillón. Así pues, Wallenstein parecía protegido por tres fieros tigres, a los que mostraba su agradecimiento rascando frecuentemente con sus manicuradas uñas las cabezas de los que abrían sus fauces en los extremos de los brazos acolchados.

La historia de Eusebius Wallenstein era fácil de resumir en muy pocas palabras: de minero en las minas de diamantes de Sudáfrica a tallador de diamantes en Amsterdam, pasando por encima de la cabeza de quien fuese. Es decir, de muchas cabezas. Entremedio, todas las barbaridades, discretísimamente realizadas, que pueden imaginarse.

En aquel momento había, en el despacho, tres personas con Wallenstein. Dos, eran hombres. Altos, fuertes, de rostro hermético y gesto corporal neutro, como si fuesen maniquíes. Se llamaban Jean Louvain y Charles Sémard, y eran dos de sus más fieles colaboradores.

La otra persona también estaba a las órdenes de Wallenstein. Y muy directamente: Danielle Mabillon, su secretaria particularísima. Una joven hermosa, elegante, vestida con un traje pantalón un tanto extravagante, de color blanco. Larga cabellera de color claro, ojos verdosos. Una mujer de lujo, sin discusión.

Toda la actividad estaba centrada precisamente en Danielle Mabillon. Era ella la que hablaba por teléfono, mientras los tres hombres la observaban, en silencio, acariciando Wallenstein las cabezas de sus tigres.

Por fin, Danielle colgó el auricular, y se volvió, sonriendo.

—Era Korlak: lo ha hecho —dijo.

—Magnífico. Nuestra preocupación ha terminado, y pronto comenzará la de la CIA. ¿Acaso esto no merece una copa de champaña? Francés, naturalmente.

Danielle, Louvain y Sémard rieron. Ella fue a por la botella de champaña, y poco después los tres bebían alegremente. Así estaban cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Diga? —Atendió de nuevo Danielle la llamada.

—¿…?

—Hola, Minou —saludó alegremente Danielle, volviéndose hacia los tres hombres, sonriente—. ¿Cómo estás, querida?

—…

—No… —Danielle se irguió vivamente, sobresaltada—, ¡no!

—…

—Está bien; no hagas nada, sólo espera instrucciones en el sitio de siempre. Adiós.

—¿Qué ocurre? —Frunció el ceño Wallenstein, mientras Danielle colgaba lentamente el auricular.

—Era Minou, ya lo habéis oído… De acuerdo con las instrucciones, ha estado vigilando a Korlak, por si éste hacía algo… imprevisto. Nosotros sabemos que Korlak ha cumplido, según nos ha dicho hace un rato, pero… algo ha ocurrido: están siguiendo a Korlak.

—¡Maldición! —Palideció Wallenstein.

—¿Quién lo sigue? —inquirió Louvain.

—Minou dice que cuando Korlak se marchó de la villa de Roger Lambert, dos hombres, que hasta entonces no había visto, aparecieron de las sombras. Uno de ellos ha entrado en la casa, lo

cual significa no sólo que conoce a Lambert, sino que encontrará su cadáver inmediatamente. Es decir, ya debe haberlo encontrado. El otro ha seguido a Korlak hasta el *Stella Maris*. Luego, ya sabiendo dónde encontrar a Korlak o recuperar su pista, ha ido también a la casa de Lambert. Es muy posible que estuviese en contacto con el otro por medio de radio de bolsillo.

—Todo esto significa que Roger Lambert no era ningún tonto, y que debió olerse que algo iba mal, y pidió respaldo, apoyo, a la CIA. Y desde Marsella, le enviaron dos hombres que todo lo que han hecho ha sido permanecer a la expectativa… Bien. —Wallenstein movió la cabeza—, no tenemos por qué creer que tenemos la exclusiva de la inteligencia, ¿verdad?

—Korlak tiene convencido a su amigo, el conde de Aurillac, para hacer el viaje a Ajaccio —musitó Danielle—. ¿Vamos a seguir con el mismo plan?

—Naturalmente que sí…, aunque con alguna ligera variante. Nosotros necesitamos el *Stella Maris*, pero no forzosamente a Rudolf Korlak, ¿verdad?

Y Eusebius Wallenstein sonrió afablemente.

CAPÍTULO II

Veintidós horas más tarde, el yate llamado *Stella Maris*, zarpaba del puerto de Niza, abarrotado de invitados, hacia la isla de Córcega.

Sin prisa alguna. La travesía debía durar toda la noche y las primeras horas de la mañana del día siguiente, de modo que llegasen a Ajaccio poco antes de la hora del almuerzo. ¿Para qué apresurarse y llegar antes, si en el yate se pasaba estupendamente? Cada cual, como siempre, podía hacer lo que quisiera en aquel pequeño mundo privado, exclusivo para los poderosos, llamado yate. Se trataba de pasarlo bien, y nada más que eso.

Y como un buen presagio en este sentido, los condes de Aurillac y sus invitados, especialmente las invitadas, se habían llevado una agradabilísima sorpresa: de pronto, como caído del cielo, había aparecido en Niza Chester Grant.

¿Chester Grant?: alto, guapo, atlético, multimillonario *play-boy* norteamericano famoso en la *jet society* mundial. Apareció casi a última hora en el muelle, en un taxi. Si hubiese llegado media hora más tarde, no habría podido abordar el *Stella Maris*. Pero, allá estaba, con sus dos maletas, su aire descuidado y elegante, con una sonrisa siempre en los labios. La algarabía al ver aparecer a Chester Grant fue tremenda. Y, evidentemente, estaba justificada, ya que durante la cena quien llevó la voz y la risa cantante fue él. ¿Explicaciones? Las había dado:

—Estaba a punto de alquilar un avión, cuando de pronto, me enteré de que Paula y Henri estaban a punto de zarpar en el *Stella Maris* hacia Ajaccio. ¡Caramba, sí que es casualidad!, pensé. Y me vine directo hacia aquí…

—Bueno, bueno —cortó Paula de Aurillac—, eso no tiene

importancia, querido Chester. Lo que querernos saber es a qué vas a Ajaccio, así de pronto, con tanta prisa.

—¡Oh, bueno!, no tengo tanta prisa. Es sólo que he querido ahorrarme el gasto de un avión de alquiler.

Era una broma sencilla, pero divertida. ¿Ahorrarse Chester Grant unos cuantas miles de francos? ¡Bah, bah, bah…! Así que, después de la cena, Paula de Aurillac, en el salón, volvió a la carga:

—Espero que no se trate de una mujer, Chester.

—¿A qué te refieres, adorada Paula?

—A tu viaje a Ajaccio.

—¡Ah…! ¿Todavía estás pensando en eso? Y cambiando de tema: este champaña está perfecto, en su punto de frío.

—Chester, eres un bellaco: ¡tienes que decirme para qué vas a Ajaccio! ¡Estoy que me muero de curiosidad!

—… Y su hermoso cuerpo fue arrojado al mar…, donde pasó a ser pasto para las sardinas —recitó Chester Grant.

Alrededor de ellos se oyeron unas cuantas risitas, y la condesa frunció el ceño. A través de su copa, mientras bebía, el simpático y banal Chester Grant estaba contemplando, en aquel momento, a uno de los invitados: Rudolf Korlak. El cual no parecía estar de un humor acorde con el ambiente. Por un instante, algo pareció enfriarse en los risueños e ingenuos ojos oscuros del
play-boy
Chester Grant, mientras contemplaba la imagen de Korlak deformada por el cristal…

—¡Chester, eres un bellaco! ¡Sabes perfectamente que no podré dormir si no me lo dices! —exclamó Paula de Aurillac—. ¡Y ahora que recuerdo, me hiciste algo así en París, hace casi un año…!

—No recuerdo nada —abrió mucho los ojos Chester Grant.

—Desde luego que no —dijo una jovencita, de dulce mirada y gesto lánguido—. ¿A que ni siquiera te acuerdas de lo que hablamos en Gstaad a finales del invierno pasado?

—Me parece que mi cabeza es puro corcho —rió Chester.

—Pero no tanto que no sepas a qué vas a Ajaccio —se obstinó Paula, pese a las miradas de su marido—. ¿Lo vas a decir o no?

—Pues… pues…

La atención de todos estaba pendiente del
play-boy

. Las mujeres abrían mucho los ojos, los hombres comenzaban a contagiarse de la fútil curiosidad femenina. Un cuarteto de inescrutables músicos impecablemente vestidos tocaba música suave, como queriendo facilitar la perfecta audición por parte de todos del misterioso secreto de Chester Grant.

—¡Oh, por Dios! —exclamó una jovencita—. ¡Dilo ya, Chester!

—Pues… no. No lo digo, y se acabó.

—¡Eres insoportable! —exclamó Paula de Aurillac.

—Lo que soy, es discreto, querida Paula. Pero te prometo que en cuanto me sea posible confiar el motivo de mi visita a Córcega, serás de las primeras personas en saberlo. Y eso será muy pronto.

—Yo creo que no debemos insistir más —se resignó Henri de Aurillac—. En cambio, sí deberíamos divertirnos un poco.

—¡Estoy de acuerdo! —exclamó Chester Grant—. ¡Así que vamos a empezar la juerga ahora mismo! Pero eso sí: yo necesito un par de chicas, o me aburro como un tigre en un campo de lechugas…

Se oyeron algunas risa, mientras cuatro o cinco de las mujeres presentes corrían hacia Chester Grant, lo que aumentó la hilaridad general.

Y así comenzó la juerga.

* * *

Hora: aproximadamente, las cuatro de la madrugada. El silencio en el yate era prácticamente total, a excepción de alguna que otra risita que parecía llegar de los confines marinos; y, monótonos, los motores del poderoso yate.

El champaña, y bebidas diversas menos fáciles de asimilar, habían corrido en abundancia. Entre los invitados en el *Stella Maris*, como siempre, había más de uno que no había sabido valorar debidamente su resistencia al alcohol, y pagaba las consecuencias de muy diversas maneras, desde asomarse a la borda, a un sueño pesado en cubierta, al frío relente nocturno. Pero, en general, todo el mundo sabía allí comportarse. Eran elegantes incluso para *equivocarse* de camarote.

Tendido en la cubierta, con una preciosa muchacha dormida con la cabeza en su hombro, Chester Grant dejó de contemplar las estrellas para echar una mirada a su reloj de esfera luminosa. Ya era

hora, no debía demorarlo más. Se movió, pero la muchacha lanzó un suspiro, y se aferró a su cuello.

—Cántame algo —pidió—. ¡Cántame algo, Chester!

Grant estuvo a punto de lanzar una maldición. Luego, en lugar de cantar, se dedicó a acariciar la cabeza de la muchacha, susurrándole que se durmiese, que se durmiese, que se durmiese…

Y mientras tanto, dos sombras se deslizaban por el pasillo de los camarotes del *Stella Maris*. Llegaron a una de las puertas, se miraron, y tras mirar ambos extremos del pasillo, entraron en el camarote, cerrando de nuevo rápidamente la puerta. Por la portilla circular llegaba un incierto resplandor de luz lunar y de las reglamentarias de navegación del yate. Uno de los hombres se acercó adonde se oían los profundos resoplidos de un durmiente. Al moverse, la luz de la portilla iluminó las facciones de Jean Louvain.

—Está dormido como un cerdo, Charles —aseguró.

—Está bien, está bien —musitó Sémard—. ¡Hagámoslo pronto!

—Por la portilla no cabe, pero ya hemos previsto eso. Dame uno de los bisturíes.

Algo relució en la penumbra. Subió, bajó velozmente… Se oyó un ronquido fuerte, un estertor brutal. Después de esto, ya no se oyeron los profundos resoplidos del durmiente.

—Ayúdame a extender el plástico —pidió Sémard.

El plástico que contenía los varios instrumentos de cirugía comprados en Niza, fue extendido, meticulosamente, por Charles Sémard y Jean Louvain. Luego, el cadáver de Rudolf Korlak, todavía con el bisturí clavado en el pecho, fue depositado encima.

—Yo creo que deberíamos empezar por un brazo —dijo Jean Louvain—. Eso estrechará los hombros, y quizá quepa por la portilla.

—Está bien.

Segundos después, se oía el rasgar de la carne, el ludir de acero contra hueso, el escalofriante roce de la sierra contra un hueso humano…

* * *

A las cinco menos veinte de la madrugada, Chester Grant apoyó un dedo en la sien derecha de la muchacha, y Se movió la cabeza. Sonrió cuando la vio caer al otro lado, blandamente. Con gran

cuidado, la depositó en el suelo, se puso en pie, y descendió hacia los camarotes.

Tardó sólo un par de minutos en estar frente a la puerta del camarote donde él mismo, hora y media antes, había introducido a Rudolf Korlak, bromeando con éste y con otros invitados, que reían la borrachera de Korlak.

Que no era tal borrachera, sino una dosis adecuada de tiopentanato sódico, o más vulgarmente dicho, *suero de la verdad*, con anestésico, vertido en la copa de Korlak con habilidad. Con el anestésico dormiría profundamente; con el *suero de la verdad*, un experto podía conseguir que, sin saberlo, Rudolf Korlak contestase a todas las preguntas que se le hiciesen…

Entró en el camarote, y fue directo hacia la litera. Ya antes de llegar, comprendió que algo había cambiado. Un instante más tarde, en la penumbra, sus manos tocaban la litera vacía. Grant lanzó una maldición ahogada, y se dedicó a recorrer el camarote, pisando cuidadosamente. Seguramente, Korlak se había levantado, todavía no vencido por la droga, y había caído al suelo…

Tardó sólo medio minuto en convencerse plenamente de que en aquel camarote no había nadie.

—El muy puerco… ¿Dónde demonios se habrá metido?

* * *

Como era de esperar, por la mañana, ya avistándose la costa de Córcega, alguien notó la ausencia de Rudolf Korlak. La sugerencia de que debía estar durmiendo en su camarote fue desechada. No es que se le diese demasiada importancia a su no comparecencia, pero, a fin de cuentas, pronto llegarían a Córcega y quizá Korlak fuese de los que preferían comer en tierra firme siempre que era posible.

Uno de los marineros fue enviado al camarote de Rudolf Korlak, para despertarlo. Dos minutos más tarde, el marinero estaba de regreso, con la noticia de que el señor Korlak no estaba en su camarote.

—Pues esté donde esté, ya despertará —dijo alguien.

—¿Y si anoche, aún después de dejarlo en su camarote, decidió subir a cubierta a fumar un cigarrillo… y cayó al mar? —sugirió, espantada, Paula de Aurillac.

—Podría ser —dijo rápidamente Chester Grant—. Pero antes de

empezar a lamentarnos, deberíamos buscarlo por todo el yate concienzudamente.

La sugerencia no fue precisamente bien acogida, pero, finalmente, Chester Grant se impuso, y Rudolf Korlak, medio en broma medio en serio, fue buscado por todo el yate. Cuando la búsqueda terminó, ya nadie bromeaba.

—A ver si mientras nosotros lo buscamos, él ha llegado a su camarote y está allí tan tranquilo —dijo con escasísimas esperanzas Henry Aurillac.

—Iremos a ver —dijo Grant—. Tú quédate aquí, tranquilo.

Nueva visita al camarote de Rudolf Korlak. Se hacían comentarios y bromas, mientras Chester Grant, ahora a plena luz, miraba a todos lados del camarote. Por fin, su mirada fue deslizándose por el piso, lenta, meticulosa. Una idea comenzaba a concretarse en su mente. Una idea horrenda, pero que era la única explicación a la desaparición de Korlak, y que estaba cada vez más clara en la mente de Chester Grant.

Sobre todo, desde que vio las minúsculas gotitas de algo oscuro en el suelo del camarote. Desde allí, su mirada fue hacia la redonda portilla del camarote, instalado en el casco del yate. Por aquella portilla se podían arrojar objetos al mar.

Pero no hombres, pues el diámetro era insuficiente. Del todo insuficiente. A menos que… al hombre en cuestión lo… dividiesen en secciones, en miembros. Pero para hacer esto, era inevitable formar un charco de sangre en el piso. Un horrendo charco de sangre. Pero ¿y colocando el cadáver sobre un plástico o una lona?

Lo que estaba pensando era horrible, más lo cierto era que él había dejado a Korlak en el camarote, y que estaba seguro de que no había regresado a cubierta. Segurísimo. Se las había arreglado para estar pendiente de esta posibilidad, y no había ocurrido. Muchos de los invitados habían dejado la cubierta para volver a ella, habían vuelto a aparecer, se habían vuelto a marchar… Pero no Korlak. No sólo no lo había visto él, sino que sabía que estaba dormido. Y así, mientras Rudolf Korlak dormía, alguien había…

—Bueno, es evidente que no está aquí, ¿verdad? —dijo alguien tras él—. Debe estar durmiendo todavía en cualquier rincón del yate.

—Lo habríamos visto —objetó otro invitado—. Yo creo que se

ha caído al mar, así que habría que avisar a las autoridades de Córcega. Ya estamos muy cerca. O se puede utilizar la radio del yate.

—Todo esto podría complicamos mucho la vida a todos —dijo Horace, dejando de mirar la portilla—. Lo mejor es que lo busquéis de nuevo, y si no lo encontráis, yo hablaré con Henri.

La sugerencia fue aceptada.

Pero, por supuesto, Korlak no fue hallado en el yate. Y entonces, Chester Grant tomó la iniciativa:

—Parece que no podemos tener dudas de que ha caído al mar —dijo—. Ahora bien, eso no significa que haya ocurrido una desgracia irreparable. Por estas aguas hay mucha navegación, y cabe la posibilidad de que Korlak haya sido recogido por alguna embarcación.

—No es tan fácil de ver a un hombre en el mar, de noche —objetó Henri de Aurillac—. Además, seguramente había bebido mucho, y en esas condiciones…

—Vamos, Henri, no seas pesimista. Yo sugiero que esperemos unas horas. Vamos a llegar a puerto muy pronto. Esperaremos algún tiempo, y si no tenemos noticias, avisaremos a las autoridades y diremos que hasta entonces no nos hemos dado cuenta. Y si tenernos suerte de que a Korlak no le haya pasado nada, nos habremos evitado muchísimas molestias.

La opinión se dividió. Pero Chester Grant, generalmente divertido y atolondrado, tenía un desconocido poder de persuasión, y por fin ganó la partida: esperarían unas horas.

Unas horas que serían el margen de que dispondría Grant para analizar la situación. Una cosa era segura, para él: alguien había descuartizado a Korlak y lo había tirado al mar. Y ese *alguien* debía estar en el *Stella Maris*.

¿Quién o quiénes lo habían hecho?

«Veamos cómo funciona mi poder analítico», pensó Chester.

CAPÍTULO III

Su poder analítico funcionó perfectamente, pero, en realidad, fue todo muy fácil: si no se equivocaba, faltaban dos personas más a bordo. Dos hombres. Los había visto en varias ocasiones durante la juerga. Y ahora, a menos que se hubiesen escondido, no estaban en el yate.

Admitiendo la posibilidad de un fallo por su parte, Grant buscó de nuevo. Y lo hizo por tercera vez. El *Stella Maris*, ciertamente, era muy grande, pero no lo suficiente para que dos hombres a los que él *estaba buscando*, pudieran esconderse. No estaban, eso era todo.

—Pero, bueno —le interpeló Paula de Aurillac—, ¿se puede saber qué estás haciendo yate arriba y yate abajo, Chester?

—No te lo vas a creer, querida —sonrió el—
play-boy
. Me siento un poco indispuesto.

—¿Tú? —rió la condesa—. ¡Oh, vamos…!

—Pues sí: yo. Bueno, Paula, seguramente te va a molestar un poco, pero tendréis que disculparme. En cuanto atraquemos, voy a bajar a tierra, y me alojaré en un hotel.

—¡Chester!

—Vamos, querida. —Grant la besó cariñosamente en una mejilla —, no es ninguna tragedia. Sólo quiero estar en tierra firme. Vaya, espero que eso no signifique que me estoy haciendo viejo. En fin, me instalaré en el Imperial.

—¡Santo cielo! ¡No es ni la décima parte de lujoso que mi yate, Chester!

—Vamos a ver qué tal me sienta una vida modesta.

—¡Se te ocurre cada cosa…! Además, sé que me estás engañando: lo que tú quieres es alejarte del yate para que no te

acosemos a preguntas, para mantener tu secreto. ¡Y a mí tienes que decírmelo!

—Paula —habló solemnemente Chester—: te prometo que cuando todo esté decidido, serás la primera persona en saber a qué he venido realmente a Córcega.

El *Stella Maris* atracó por fin, hacia las once y media de la mañana, en el puerto de Ajaccio, delante del *boulevard* Sampiero. En su camarote, Chester Grant recogió sus cosas. Luego, sacó la elegante pitillera de oro con encendedor incorporado. Encendedor, y una pequeña radio a transistores, que funcionaba con una leve presión de la rueda del encendedor hacia abajo.

—¿Sí? —Oyó Chester la voz masculina, en el acto.

—Grant, llegado en el *Stella Maris* —musitó—. ¿Dispongo de los adecuados soportes en Córcega?

—Sí, señor. Tres hombres a su disposición, señor.

—Para dentro de media hora, quiero una lancha en el Puerto Viejo, y un coche en ese mismo muelle.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Nada más. Gracias.

Guardó la pitillera, y abandonó el camarote. Uno de los marineros del yate apareció en el pasillo, enviado por Paula de Aurillac.

—La señora condesa me ha enviado a hacerme cargo de su equipaje para llevarlo al hotel Imperial, señor Grant. Si tiene la bondad de esperar unos minutos, conseguiré un taxi.

—Le agradezco el servicio —sonrió Chester—. Pero; por favor, vaya usted solo al hotel, y deje allí mis cosas. Yo iré más tarde: tengo necesidad de caminar por tierra firme.

—Sí, señor —sonrió el marinero—. Lo entiendo, señor.

Arriba, en cubierta, había una general alegría cuando apareció Chester Grant. Henri se acercó a él, blandiendo un papel.

—¡Fíjate, Chester! —exclamó—. ¡Nos estaban esperando en el muelle para entregárnoslo! ¡Es un telegrama de Rudolf! Lo ha enviado esta mañana, desde Niza.

Grant asintió, sonriente, y tomó el telegrama. Decía:

«Divertido baño nocturno en alta mar. *Stop*. Recogido por yate pequeño y llevado a Niza. *Stop*.

Estoy bien, pero resfriado, casi pulmonía. *Stop*. Salgo para París inmediatamente a que me vea mi médico. *Stop*. Abrazos. *Stop*. *Rudolf*».

—Ya te lo decía yo —dijo Chester, devolviendo el telegrama—. No ha pasado nada, y nos hemos ahorrado muchas molestias, Henri.

—Sí, desde luego. Pero a mí me parece una imprudencia lo que ha hecho Rudolf: si tiene peligro de pulmonía, no debió salir para París.

—¡Bah!, será poca cosa. Y, de todos modos, en menos de dos horas, estará en manos de su médico, no de cualquier matasanos de Niza. Seguramente, yo habría hecho lo mismo.

—Sí… Quizá. Bueno, no ha pasado nada, eso es lo que de verdad interesa. ¿Te esperamos para cenar a bordo, Chester?

—Si mis asuntos me lo permiten. —Grant guiñó un ojo—, aquí estaré. Hasta luego, Henri.

Chester Grant se despidió alegremente de todos, besando a las bellas muchachas, y, seguido de risas y de familiares epítetos, abandonó el *Stella Maris*.

Desde allí hasta el hotel Imperial, en el Boulevard de Alberto I, había una considerable distancia, pero, efectivamente, parecía que Grant tenía ganas de caminar. Lo hizo por la parte vieja, siempre cerca del mar. Pasó muy cerca del Museo de Napoleón. Más allá, estaba la Ciudadela, emergiendo como un sólido peñasco… Nada de eso le importaba ni poco ni mucho. Solamente miraba hacia el puerto.

Para Chester Grant, la cosa estaba bien clara: las personas que habían descuartizado a Rudolf Korlak, se habían tirado luego al mar, sin que nadie los viese, desde la cubierta. Muy pronto, una lancha que debía haber estado siguiendo al *Stella Maris*, había recogido a los dos hombres. Dos hombres por los que nadie había preguntado, es decir, dos hombres que no eran amigos de ninguno de los invitados del yate, pero que, como ocurre a veces, se entrometen en una fiesta sin que nadie les pregunte nada, pues todos creen que son amigos de otros, y asunto terminado.

Dos hombres que, naturalmente, habían subido a bordo con el exclusivo propósito de matar a Korlak. Por supuesto, dos hombres de nervios bien templados, decididos, capaces de matar con toda

tranquilidad. Audaces, sin duda alguna. En la lancha habían regresado a Niza y, desde allí, habían enviado el telegrama. De este modo, nadie se alarmaría…, por el momento. Es decir, que lo que querían era ganar tiempo.

Tiempo… ¿para qué?

Según los dos primeros agentes de la CIA enviados apresuradamente desde París a Niza para respaldar a Roger Lambert, no cabía la menor duda de que había sido Korlak quien había matado a Lambert, utilizando el monóxido de carbono producido por el coche puesto en marcha. Como quiera que Lambert tenía un golpe en la cabeza, se podía pensar que había puesto el coche en marcha para salir, había recordado luego que tenía que recoger algo en el garaje, y al pasar por detrás del coche, había caído, se había golpeado en la cabeza, y había muerto debido al monóxido de carbono.

Un accidente, eso era todo.

Pero, si luego habían decidido matar a Korlak había sido, sin la menor duda, porque *sabían* que Korlak había sido descubierto y que lo estaban vigilando. La pregunta final era: «¿quién creían que era el encargado de vigilar a Korlak después de que éste había matado a Roger Lambert?». La respuesta: «Tenían que sospechar de él, de Chester Grant, pues había sido la única persona que, en Niza, se había incorporado apresuradamente, por auténtica sorpresa, a los invitados al yate *Stella Maris*».

Por lo tanto, sospechaban que él era de la CIA. ¿Qué pensaban hacer al respecto? ¿Matarlo? ¿Vigilarlo? Muy bien, tanto en uno como en otro supuesto, aquellos dos hombres tendrían que llegar a Córcega, más pronto o más tarde.

«Y si no vienen —terminó de reflexionar Chester Grant—, la cosa está clara: perderé aquí una buena cantidad de tiempo, mientras ese par de asesinos se esfuman por el continente».

No era una buena perspectiva, ciertamente, porque significaba que quizá nunca supiesen por qué Rudolf Korlak había matado al residente de la CIA en Niza, Roger Lambert.

En la dársena interior del Puerto Viejo, Grant vio a un hombre, de pie en la proa de una lancha, que lo estaba mirando fijamente. Al saberse mirado, aquel hombre estiró apenas el dedo índice de la mano derecha, señalando la lancha. Grant asintió con un levísimo

gesto. Acto seguido, el hombre saltó al muelle, y se alejó… No mucho. Sólo hasta llegar a uno de los coches estacionados allí, un «404». Sacó las llaves, las puso en el contacto, y se fue, tras dirigir una mirada de reojo a Grant, qué ni siquiera pestañeó. Simplemente, fue al coche, recogió las llaves, lo cerró, y siguió caminando, sabiendo ya cuál era la llave del coche y cuál la de la lancha.

El telegrama había sido puesto en Niza aquella mañana. Así pues, si aquellos hombres debían viajar desde Niza a Ajaccio, tenía tiempo de ir al hotel, instalarse, almorzar, y volver allí. Sólo una cosa podía perder: el tiempo.

* * *

Sin embargo, Chester Grant no perdió el tiempo. Hacia las cinco de la tarde, llegó la lancha. Desde el muelle, la vio aparecer, directa hacia el Puerto Viejo, y por tanto, bastante alejada del lugar donde estaba anclado el *Stella Maris*. Miró aquella lancha como había mirado otras, y diversas embarcaciones, desde que volviera a su observatorio. Sólo que esta vez, cuando la lancha estuvo lo bastante cerca, pudo ver perfectamente a los dos hombres, que ahora no vestían esmoquin, sino un atuendo de *sport*, comente.

Muy bien, allá los tenía.

Pero, no llegaban dos, sino acompañados de una mujer… Una hermosa muchacha, muy joven, de cabellos oscuros, grandes ojos también oscuros, boca grande y roja, y un cuerpo espléndido, sensacional.

—La nena que los recogió con la lancha —dedujo fácilmente Chester, mientras se dirigía hacia el coche facilitado por sus soportes en Córcega.

Desde dentro del coche, los vio desembarcar. Un sujeto se acercó a ellos. Se estrecharon las manos, sonrieron… El sujeto señalaba hacia donde estaba anclado el *Stella Maris*. La hermosa muchacha del cuerpo espléndido, soltó una carcajada.

Chester Grant apretó los labios. Del bolsillo interior de la chaqueta, sacó una barba postiza, que se colocó rápidamente, mirándose en el espejo retrovisor. Luego, se puso unos lentes oscuros y dejó las manos apoyadas en el volante.

En efecto. El hombre que había acudido a esperar a los dos

asesinos y a la hermosa muchacha, señaló tierra firme adentro. Los cuatro fueron hacia un coche, se metieron dentro y partieron. Chester Grant lo hizo detrás, sin prisas. Era muy poco probable que se le escapase un coche que él se hubiese propuesto seguir.

Y así, pocos minutos más tarde, el agente especial de la CIA veía al otro coche entrando en la lujosa mansión. Impávido, siguió adelante, desapareció, maniobró, y regresó, deteniendo por fin el coche en un punto discreto desde el cual podía ver la entrada a la lujosa mansión.

Inmediatamente, llamó por la radio.

—¿Sí?

—Es muy posible que encuentren el dato en un vulgar listín telefónico —musitó Grant—: ¿quién vive en el 9 del *boulevard* Scamaroni?

—Un momento, por favor —pasaron algunos segundos antes de que se volviese a oír la voz—… 9, *boulevard* Scamaroni: Eusebius Wallenstein.

—¿El tallador de diamantes? —exclamó Chester.

—No lo sé, señor. Jamás había oído nada sobre esta persona. ¿Quiere que realicemos una investigación?

—No. Por ahora, no… Un momento, no se retire.

Grant bajó la pitillera hasta su regazo, y se quedó mirando con expresión distraída *boulevard* abajo. Es decir, eso parecía; pero su atención estaba concentrada en el coche que acababa de salir de la lujosa mansión del número 9. Cuando el coche pasó por su lado, volvió la cabeza hacia él con gesto indiferente.

Y, quizá por primera vez en su vida desde que se había dedicado al espionaje, la capacidad de hermetismo expresivo de Chester Grant sufrió un rudo golpe, al ver a la muchacha que conducía el coche. La vio un instante, menos de un segundo, de perfil, atenta a la conducción.

Menos de un segundo… Pero aquella imagen quedó como esculpida en las pupilas de Grant. Salvo que lo hubiese soñado, acababa de ver a la más hermosa mujer que había conocido jamás. Sus facciones eran bellísimas, su boca era de color sonrosado; sus ojos, claros y limpios, de color azul del mar… Sin poderlo evitar, Grant volvió la cabeza. Y ya sólo pudo ver una larga cabellera rubia, dorada como el mismísimo sol. A la derecha de la muchacha

iba un hombre de edad madura, hablándole…

Durante unos segundos, Chester Grant quedó absorto, como fascinado. Por fin, lentamente, alzó la pitillera hacia su boca.

—¡Eh!

—¿Señor?

—Coche Tiburón, color granate, matrícula 617 HL 20. ¿A quién pertenece?

—Lo averiguaremos, señor.

—Yo llamaré.

—Sí, señor.

Grant guardó la pitillera, estuvo reflexionando un par de minutos, y, finalmente, puso el coche en marcha. Se dio un paseo por Ajaccio, tranquilamente, gozando del sol y de la visión del mar. Eran las seis, aproximadamente, cuando regresaba al *boulevard* Scamaroni. Sin la menor vacilación, entró en la quinta, cuyas verjas estaban abiertas, y segundos después detenía el coche ante la casa. El coche que había recogido a los asesinos y a la hermosa muchacha morena estaba allí, bajo unos frondosos árboles, a la sombra. Más allá, en el garaje, cuyas puertas también estaban abiertas, vio un «Mercedes» de color crema. En un punto del amplio jardín, un hombre que estaba preparando un dispositivo para riego por aspersión, se había erguido y lo miraba.

Chester lo ignoró. Se apeó, subió al pórtico, y llamó a la puerta, que se abrió casi en seguida. Un criado formalísimo, impecable, se quedó mirando amablemente al visitante.

—¿Señor?

El agente de la CIA sacó su billetera, y de ella extrajo una tarjeta, que tendió al criado.

—¿Quiere anunciarme al señor Wallenstein?

—Me parece que el señor Wallenstein no está en casa, señor.

—Asegúrese —sonrió Grant—. No me importa esperar.

El criado se apartó, cerró la puerta cuando Chester hubo entrado, y tras rogarle que se sentara, desapareció hacia el fondo del amplísimo vestíbulo. Grant se sentó, miró alrededor y esbozó una sonrisilla irónica. Por lo que había oído en diversas ocasiones sobre un tal Wallenstein, de Amberes, era un hombre que tenía mucho, muchísimo dinero. Pero había algo que el señor Wallenstein no había podido comprar con dinero: clase. Lujo, todo el del

mundo; clase, apenas nada.

El criado regresó, siempre con gesto amable.

—El señor Wallenstein le recibirá, señor Grant.

—Gracias.

El señor Wallenstein tuvo el buen gusto de salir al encuentro de Chester cuando éste entro en el despacho. Acudió sonriente, con la diestra tendida, mostrando en sus pálidas y blandas facciones una de sus mejores sonrisas. Chester también sonrió, mientras de un solo vistazo captaba todo lo que había en el despacho, empezando por el fascinante sillón adornado con tres cabezas de tigre, la gran mesa redonda para conferencias, el lujoso bar con televisión y por supuesto con tocadiscos de alta fidelidad, todo ello empotrado inteligentemente en la enorme biblioteca que ocupaba todo un paño de pared… y terminando por las dos mujeres que estaban de pie junto al sillón, mirando interesadas al visitante. Una de las mujeres era la chica de la lancha, pero Chester se guardó muy bien de mostrar un solo gesto de reconocimiento. La otra mujer, igualmente joven, era si cabe más bonita y hasta un poco más elegante, de grandes ojos verdosos, sonrientes…

—Es una sorpresa gratísima, señor Grant —llegó diciendo Wallenstein—. Temía equivocarme que no fuese usted la persona que su nombre indicaba, pero ya veo que no me he equivocado.

—Encantado, señor Wallenstein. Y desconcertado. ¿Me conoce usted?

—¡Vamos! He visto su fotografía cientos, miles de veces en periódicos y revistas, señor Grant. Espero no ofenderle si le digo que es Usted uno de los *play-boys* más famosos del mundo.

—Claro que no —sonrió Chester—. Pero le aseguro que son exageraciones.

—Pues resulta decepcionante —dijo la tigresa de los ojos verdes.

Wallenstein se echó a reír mientras llevaba a Chester de un brazo hacia donde estaban las dos mujeres.

—Tendrá que hacer usted algo para aliviar la decepción de Danielle, señor Grant.

—Pensaré en algo —asintió Chester, sonriendo.

—Danielle Mabillon, mi secretaria —presentó Wallenstein—. Y

la señorita Cadenat, la secretaria de mi secretaria.

—Llámeme Minou —sonrió la señorita Cadenat.

—Encantado. —Grant se llevó hasta cerca de los labios las manos femeninas—. Es usted un hombre meticuloso y ordenado, señor Wallenstein. A mí, francamente, jamás se me ha ocurrido contratar una secretaria para mi secretaria. Prefiero tener varias secretarias. Supongo que viene a ser lo mismo.

—Más o menos —volvió a reír Wallenstein—. ¿Quiere beber algo?

—Un vulgar *whisky*, sí, gracias.

—Se lo serviré —se apresuró a ofrecer sus servicios Minou.

—Muy agradecido. Espero no estar interrumpiendo nada muy importante, señor Wallenstein.

—No, no… Simplemente, conversábamos.

—Le sorprende mi visita, ¿verdad?

Eusebius sonrió como si le estuviesen estirando las comisuras de la boca con unos garfios.

—Pues sí —admitió—. En primer lugar, porque usted y yo jamás hemos tenido relaciones…, ni comerciales ni personales. Y en segundo lugar porque tenía la pretensión de que nadie sabía que yo estaba en mi refugio privado de Córcega.

—Bueno —movió la cabeza Chester—, ya sabe usted cómo son estas cosas: cuando se tiene dinero no hay nada realmente imposible, señor Wallenstein. Y yo tengo mucho dinero.

—¿Y se propuso encontrarme?

—Así es. Le aseguro que tengo un buen servicio de información… cuando me conviene, claro.

—Comprendo… ¡Oh! Pero vamos a sentarnos.

Chester dirigió una viva mirada de alarma al sillón adornado con las tres cabezas de tigre.

—Bueno, francamente…

—Pero no en ese sillón —rió Wallenstein, llevándolo hacia el ángulo donde estaba el gran sofá y los sillones—. Es sólo una pequeña extravagancia, señor Grant. Dudo que otra persona estuviese cómoda ahí sentada.

—Estoy de acuerdo con usted —asintió Chester, dejándose caer en un sillón—. En mi caso concreto, me pasaría el tiempo temiendo recibir una buena dentellada.

La broma era muy sencilla, pero pareció caer muy bien entre Wallenstein, su secretaria, y la secretaria de su secretaria, que se acercó riendo, empujando un carrito con las bebidas. Chester miró de uno a otras, sonriendo como un niño feliz.

—Le aseguro a usted que esos tigres no muerden —aseguró el tallador de diamantes—. El único que podría morder sería yo, si alguien osase sentarse en mi sillón.

—Tenga la seguridad de que a mí no tendrá que morderme —dijo Chester, tomando uno de los vasos. Y mirando a Minou, añadió—: Muchas gracias, señorita Cadenat.

—Minou —sonrió ésta.

—Minou… Sí, por supuesto, es un bonito nombre. Salud para todos.

Bebió un trago de *whisky* y aprobó sinceramente. A fin de cuentas, no hace falta tener clase para disponer de un buen *whisky*. Eso sí puede arreglarse con dinero: basta comprar el *whisky* más caro, y el asunto se soluciona por sí solo, generalmente.

Chester se quedó mirando el vaso, mientras Wallenstein y las dos muchachas lo miraban a él. De pronto, sonrió.

—Supongo —murmuró— que se está usted preguntando por qué he venido a verle, señor Wallenstein.

—En efecto. Debe haberle costado unos cuantos dólares movilizar su servicio de información.

Grant movió la mano con un gesto desdeñoso.

—¡Bah, dinero! En realidad, no ha sido mucho… Y por supuesto, cuando yo gasto mil dólares es para ganar un millón…, por ejemplo. Quiero que sepa, señor Wallenstein, que he tomado algunas precauciones para llegar hasta aquí. Volé a París, de París a Niza, y allá, aprovechando que unos amigos míos se disponían a zarpar hacia Córcega, me… invité en su yate. Quizá usted conozca a esos amigos míos: los condes de Aurillac.

—He oído hablar de ellos —musitó Wallenstein—. ¿Están en Córcega?

—Concretamente, en Ajaccio. Pero no saben que yo he venido aquí a verlo a usted. En realidad, no lo sabe nadie. Digamos que mi servicio de relaciones públicas sabe hacer bien las cosas cuando doy órdenes concretas.

—Me está usted intrigando, señor Grant.

—Sí, claro. Mire, señor Wallenstein, todo el mundo sabe que usted es uno de los más famosos y ricos talladores de diamantes de Amberes, así que es lógico que yo me haya enterado… cuando me ha convenido.

—Ustedes los americanos tienen fama de ir directos al asunto, señor Grant. Por favor, sea americano.

—De acuerdo. —Miró a Danielle y a Mina, y de nuevo a Wallenstein—. ¿Ellas no son problema?

—Ninguno. Diga lo que sea.

—Necesito comprar una partida de diamantes en bruto por valor de diez millones de dólares.

Minou emitió un gritito, a Danielle casi se le cayó el vaso de *whisky*, y Eusebius Wallenstein se quedó mirando, estupefacto, al *play-boy* multimillonario americano.

—¿Ha dicho usted diez millones… de dólares? —susurró por fin.

—Sí.

—Pero eso es una barbaridad de dinero, señor Grant.

—Tengo necesidad de descongestionar un poco una de mis cuentas en Suiza.

—Fiuuuu… —Silbó Wallenstein, pasándose una mano por la frente—. ¿Para qué quiere usted tantos diamantes en bruto?

Chester se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—Me he tomado algunas molestias y he gastado un poco de dinero exclusivamente para localizarlo a usted, señor Wallenstein. Estoy seguro de que me resultaría más fácil iniciar contactos con otro tallador de Amberes… que no haría preguntas.

—Espere, espere… Nada de eso. Ninguna pregunta. Ni una sola más. ¿Para cuándo necesita usted esos diamantes?

—Para dentro de tres semanas.

—¡Es muy poco tiempo!

—Pagaré al contado, naturalmente.

Wallenstein parpadeó. Luego, movió la cabeza.

—Supongo que usted sabe que con esa operación yo ganaría no menos de un millón y medio de dólares, señor Grant.

—Felicidades. Pero la operación no se realizará si usted menciona mi nombre en alguna parte una sola vez.

—Sí, sí, entiendo… ¡Tres semanas! Puedo intentarlo.

—No. Si usted se compromete, yo quiero esos diamantes dentro de veintiún días exactamente. Ni un segundo más tarde. Quería usted que fuese americano, ¿verdad?

Wallenstein bebió un largo trago de *whisky*, y de nuevo quedó pensativo.

—Está bien, señor Grant: dentro de tres semanas tendrá usted los diamantes.

Chester Grant terminó su *whisky*, y se puso en pie.

—Estaba seguro de que había elegido bien. Buenas tardes a todos… y gracias por el *whisky*.

—¿Se marcha? —exclamó Wallenstein—. ¡No puede hacerlo! Le ruego que se quede a cenar con nosotros, señor Grant.

—En otra ocasión. Para esta noche tengo un compromiso contraído anteriormente. Señor Wallenstein, yo soy, en efecto, un *play-boy*…

Un muchacho que sabe vivir bien; sacarle partido a su fortuna, disfrutando de todo cuanto de bueno puede ofrecer la vida, desde una hermosa mujer hasta el simple placer de un bocadillo de huevo duro con lechuga. Pero en conjunto mi sistema de vida es muy caro. No puedo, pues, permitirme el lujo de perder un negocio. Aún así, admito las pérdidas por mala suerte, nunca por indiscreción de mis… socios.

—No tiene que preocuparse.

—Magnífico. Si en algo puedo servirle, estaré unos días en el hotel Imperial, muy cerca de usted.

—Soy yo quien espera servirle a usted, señor Grant. En todo.

Chester Grant asintió con la cabeza. Miró sonriente a Danielle y Minou, alzó una mano en gesto de despedida, y se dirigió hacia la puerta. Medio minuto más tarde, el criado apareció en la puerta del despacho.

—El señor Grant se ha marchado —dijo.

Wallenstein hizo un gesto con la mano, y el criado salió del despacho, cerrando la puerta. El propio Wallenstein fue a abrir otra puerta que había al fondo del despacho, junto a una gran columna de alabastro adornada con un horrendo jarrón. Jean Louvain y Charles Sémard aparecieron por aquella puerta, ambos con el ceño fruncido.

—Supongo que lo habéis oído todo.

—Desde luego —asintió Sémard—. Y es muy posible que él esté diciendo la verdad. Cuando veníamos hacia aquí en el *Stella Maris*, todos querían saber qué se traía entre manos el señor Grant, pero él no soltó prenda. Es posible que sea eso de los diamantes.

—Es el único invitado nuevo en el *Stella Maris*. ¿Eso no os dice nada? —desconfió Wallenstein.

—No tiene las características de un agente de la CIA —rechazó Sémard.

—Eres un imbécil —sonrió Wallenstein—. ¡Por todos los diablos, Sémard, eres un perfecto imbécil! Contesta a esta pregunta muy facilita: ¿Qué personas son las más idóneas para trabajar como agentes secretos?

—Las que no parecen agentes secretos —mascculló Sémard, hosco el gesto—. De todos modos…

—Un momento —intervino por fin Louvain—. Estoy recordando algo a lo que hasta ahora no he dado importancia. Bueno, es cierto que ni Sémard ni yo dimos mucha importancia a Chester Grant, aunque al principio tuvimos en cuenta que podía ser un enviado de la CIA. Luego nos pareció que es lo que dicen las revistas, simplemente. Pero ahora que recuerdo, fue él quien llevó a Rudolf Korlak a su camarote.

—¿Grant llevó a Korlak a su camarote?

—Sí. Cuando fuimos nosotros, bastante más tarde, Korlak estaba dormido… Profundamente dormido. No nos sorprendió, porque parecía bastante borracho cuando Grant lo bajó, pero ahora que pienso… Bueno, quizá Grant tuvo ocasión de hablar con Korlak. Quiero decir a solas. Y Korlak estaba… no sé… Demonios, estaba dormido como una piedra.

—Dormido como una piedra… Francamente, no me gusta esto. ¡No me gusta!

—Piensa bien lo que decides —sonrió Danielle—. En esa operación podrías ganar fácilmente no menos de dos millones y medio de dólares, Eusebius.

—Pero la CIA tenía que estar vigilando a Korlak… ¡Es absurdo pensar que no lo hacía, teniendo en cuenta cómo sucedieron las cosas! Chester Grant no parece un agente secreto, claro… Es tan superficial tan conocido… No sé qué hacer.

—Piénsalo bien —insistió Danielle—. Sería absurdo desperdiciar

dos millones y medio de dólares.

—Lo voy a pensar… Sí, voy a pensar en ello detenidamente.

CAPÍTULO IV

Pensándolo detenidamente, todas las cenas y todas las fiestas eran iguales. Y mientras tanto, un agente de la CIA era asesinado, y acto seguido, con veintitantas horas de diferencia, su asesino era descuartizado y tirado al mar. Y también mientras tantos, unas personas dedicaban su vida exclusivamente a divertirse a bordo de un lujoso yate.

Sí. Si lo pensaba detenidamente, Chester Grant llegaba siempre a la misma conclusión: todo era un puro asco.

Por lo menos, así pensaba mientras casi a las dos de la madrugada introducía la llave en la cerradura de la puerta de su habitación en el hotel Imperial. Estaba hasta las narices de fiestas, música, muchachas que lo ofrecían todo, y champaña francés. ¡Hasta las mismísimas narices!

Cerró la puerta tras él, recorrió el corto pasillo a cuya derecha estaba el armario empotrado, y encendió la luz del cuarto de baño. Luego, con dos zancadas más, llegó al dormitorio. Encendió la luz, subió las manos hacia la corbata de lazo para quitársela… y se quedó así, inmóvil, mirando hacia una butaquita.

Es decir, lo que había en la butaquita.

Lo que había sentado en dicho mueble se llamaba Minou Cadenat, quien realzando su audaz indumentaria llevaba un collarcito de perlas y una cadenita de oro en la cintura. Estaba parpadeando, mientras estiraba los bracitos hacia Chester. Por fin se quedó mirando sonriente al hermético Chester Grant, que no se había inmutado lo más mínimo.

—¡Hola! —saludó dulcemente.

—¡Hola! —sonrió a su vez Chester.

—¿Sorprendido?

—Imagínese… No comprendo nada.

—Lo comprenderá si le digo que me envía el señor Wallenstein, que le desea muy buenas y felices noches.

—El señor Wallenstein es muy amable. Supongo que la señorita Mabillon no estará debajo de la cama para hacer la sorpresa más completa, si fuese necesario.

—No —rió Minou—. Danielle es exclusivamente secretaria privada. Del señor Wallenstein, se entiende.

—Sí, se entiende. ¿Usted no?

—Por suerte para mí, no. Prefiero dedicarme a las relaciones públicas. Los empleados del señor Wallenstein tenemos una sola consigna: el cliente o amigo debe quedar contento. Y para ello, el señor Wallenstein no repara en gastos.

—Su jefe es un hombre de mundo —guiñó un ojo Chester—. Y usted, ¿por qué negarlo?, es una chica preciosa, Minou.

—Eso quiere decir que la atención del señor Wallenstein ha sido de su agrado. —Muchísimo. ¿Cómo ha podido entrar aquí?

—Vamos, querido —sonrió Minou—. ¿Eso lo pregunta un hombre que ha sabido encontrar a mi jefe en su refugio privado de Córcega?

—Ha sido una pregunta tonta, lo admito. Venía dispuesto a darme una ducha, pero supongo que antes debo enterarme del objeto de su visita. Tengo la esperanza de que lo que haya de decirme, sea importante.

—Eso no lo sabrás hasta que lo sepas —entornó los ojos la bella Minou.

—Cierto —asintió Grant, sentándose frente a ella—. Cierto y muy cierto, Minou.

* * *

El silencio era absoluto.

En la oscuridad, Minou volvió la cabeza, y al débil resplandor que entraba por la ventana de la habitación, pudo ver el perfil del anguloso rostro de Chester Grant, nítidamente recortado. La respiración de Grant era lentísima, profunda. Un corazón sano y poderoso que no debía latir más de cincuenta veces por minuto un solidísimo, rítmico, bien entrenado corazón de atleta.

Minou se acercó cautelosamente y se inclinó para ver el reloj de

esfera luminosa en la muñeca izquierda de Grant. Eran las cinco menos veinte.

—¿Estás dormido? —susurró.

Chester Grant debía estar dormido, pues no contestó. Minou esperó todavía un par de minutos. Luego, muy despacio, se alejó lentamente y fue adonde había dejado su gran bolso. En su interior estaba un bolsito, del cual sacó a tientas un estuche pequeño, alargado. Lo abrió, se colocó de cara a la luz levísima de la ventana, y sacó la jeringuilla de cristal y la aguja. La jeringuilla ya estaba llena de líquido, así que sólo tuvo que empalmar la aguja para dejarlo todo preparado.

Con la jeringuilla en la mano derecha, regresó al diván, al lado del cual se colocó de rodillas, junto a Grant. Con la manita izquierda, asió la muñeca del *play-boy*, tirando con cuidado, para colocar el brazo de modo que la cara interna del codo quedase al descubierto. Conseguido esto, Minou tanteó con sus finos deditos en busca de la vena. La encontró, acercó la jeringuilla…

Y Chester Grant se volvió completamente hacia ella y su mano derecha, como una tenaza de acero, rodeó la muñeca de Minou.

—¡Qué encanto de criatura! —susurró Grant.

Minou lanzó un ahogado gritito de sobresalto y dio un tirón, intentando soltarse. Intento absurdo, por supuesto. Todavía estaba con el gritito en la garganta y la boquita abierta cuando la mano izquierda de Grant subió como una cuchilla, y se hundió con blando sonido bajo la barbilla de Minou, que emitió un ronco sonido y se desplomó en el acto.

Chester Grant se sentó en el diván, tanteando en busca de la jeringuilla hasta encontrarla. La dejó sobre la mesita de noche, se levantó y se acercó a la ventana que daba a un lado del hotel, sobre los pequeños jardines. La cosa estaba tan clara que no había la menor duda en la mente del espía: Minou debía inyectarle un narcótico, avisar a sus dos amigos de que lo había hecho, y entonces lo descolgarían por la ventana y se lo llevarían. Al día siguiente, ¡sorpresa!, el señor Grant habría desaparecido incomprensiblemente del hotel Imperial.

¿Y dónde estaría el señor Grant?

Pues, por supuesto, en manos de Eusebius Wallenstein, que después de meditar mucho sobre el *play-boy* norteamericano debía haber tomado la decisión de sostener con él otra entrevista, pero imponiendo él las condiciones.

Durante diez minutos, Chester Grant permaneció inmóvil, sin ver nada que le llamase la atención. Por fin, su paciencia y su lógica obtuvieron el premio esperado: alguien, en un coche estacionado muy cerca del jardincillo del hotel, encendió un cigarrillo. A las cinco de la mañana, y ya fumando, pensó Chester: pésimo para la salud.

Regresó junto al lecho, y puso una mano sobre el corazón de Minou. Perfecto, ningún problema. Latía con normalidad, y a no tardar mucho, la muchacha despertaría. Lo cual no le convenía a Grant.

—Vamos a administrarte tu propia medicina, querida.

Clavó la aguja en el brazo izquierdo de Minou y apretó el émbolo de la jeringuilla, inyectando todo el contenido. Sería curioso saber qué dosis habían calculado para él y cuánto duraría en Minou.

Dejó la jeringuilla sobre la mesita de noche, fue a donde estaban las ropas de la muchacha y lo envolvió todo con el vestido. En el estuche colocó la jeringuilla, tras desmontar la aguja. Guardó el estuche en el bolso.

—Esto ya está.

Se dirigió luego a su habitación, y de la cama, intacta hasta entonces, estiró una sábana en diagonal, pasándola por los sobacos de Minou, que se movía blandamente, y anudándola a su espalda. Al extremo de esta sábana, ató la otra. Calculando la distancia que faltaría hasta el suelo cuando descolgase a Minou, comprendió que ésta se iba a dar un buen golpe, pero era lo menos que merecía. Además, no se iba a enterar.

Todo preparado en la habitación. Grant se vistió rápidamente con los pantalones del esmoquin y un jersey negro. Se puso los zapatos, salió de la habitación y bajó tranquilamente al vestíbulo. Detrás del mostrador, el conserje de noche dormitaba. Mejor. Mucho mejor que pasar por chiflado diciendo que a las cinco de la mañana le venía en gana dar un paseo.

Salió del hotel, lo rodeó hacia atrás, y apareció en la parte frente

a la cual esperaba el coche con el hombre que fumaba a tan intempestiva hora. Aunque fumar es siempre malo, reflexionó Grant.

Tres minutos más tarde, estaba agazapado junto a la parte trasera del coche en cuestión. Se deslizó por la izquierda hasta la portezuela de atrás, aspiró profundamente, y, de pronto, abrió la portezuela, se metió dentro del coche, y estirando el dedo índice de la mano derecha lo clavó en la nuca del hombre que estaba al volante.

—Las manos al parabrisas —dijo secamente—. ¡Pronto!

No había un solo hombre allí, sino dos. Ambos respingaron, y acto seguido, apresuradamente, colocaron las palmas de las manos en contacto con el cristal parabrisas. Al que tenía enfrente no podía verlo bien, pero al de la derecha, Chester lo identificó en el acto: era uno de los dos asesinos de Rudolf Korlak. Y sin duda alguna, el que estaba al volante, con su dedo clavado en la nuca, debía ser el otro.

—¿Qué significa…? —empezó éste.

—¡Cierre la boca! Y si quiere que su cabeza salte en pedazos, mueva sólo un dedo.

Ningún dedo se movió. Ni siquiera cuando Grant le quitó la pistola a Sémard, que estaba al volante. Luego, mientras ya le apuntaba a la nuca de verdad con una pistola, le quitó a Louvain la suya. Acto seguido, con su propia pistola, golpeó a Louvain en la parte posterior de la cabeza. Se oyó un seco ¡doc!, y Louvain cayó de cara hacia el cristal. Sémard respingó, inició un giro de cabeza… y la culata le golpeó de lado en la barbilla, tirándolo contra la portezuela, donde rebotó para caer de lado sobre el desvanecido Louvain, tan desvanecido como éste.

Un par de golpes más dejaron a Chester convencido de que el par de asesinos tenían sueño para el tiempo suficiente. Quitó los cargadores a las pistolas, guardándoselos, y dejando las armas en el piso del coche. Salió, fue directo a la puerta del hotel y cruzó el vestíbulo hacia las escaleras sin despertar al adormilado conserje.

Un minuto más tarde, estaba de nuevo en su habitación. Puesto que ya estaba todo preparado, sólo tenía que descolgar a Minou, saltar tras ella, llevarla al coche y emprender un viaje con sus tres prisioneros hacia algún lugar donde pudieran charlar

tranquilamente.

Tanteó hacia el cuerpo de Minou, al que encontró frío.

—Pobrecita —sonrió—. Debería haberte abrigado un poco más, pero…

Quedó inmóvil, de pronto. Sí, Minou estaba fría. Un frío evidente y reciente. Un frío que parecía salir del interior del cuerpo, no ir penetrando en él desde el exterior. Con rápido gesto, Grant colocó su mano derecha baje el seno izquierdo de la muchacha.

Nada.

Ni un latido.

—¡Dios! ¡No puede ser, fue un golpe más bien suave y sé cómo aplicarlo!

Apartó el frío pecho y aplicó el oído al tórax. Nada. Silencio… Silencio de muerte. Durante unos segundos, Grant estuvo inclinado sobre el pecho femenino sin oír nada. Si acaso, sus propios pensamientos: Minou no había pretendido dormirlo, sino matarlo. Luego, habría descolgado su cadáver por la ventana, y ayudada por los otros dos asesinos, lo habrían metido en el coche y se lo habrían llevado. ¡Adiós, Chester Grant!

Por fin, se irguió, apretando los labios. Fue a donde estaba su chaqueta, retiró la pitillera y se la guardó en un bolsillo. Luego, descolgó a Minou por la ventana; por suerte, estaba en el segundo piso… Aun así, las sábanas resultaron insuficientes, de modo que tuvo que soltar la sábana. Abajo, el cuerpo de Minou rebotó con leve sonido escalofriante. Grant se colgó del alféizar, se dio impulso hacia fuera y cayó un metro más allá de Minou, flexionando las rodillas con facilidad. Retiró las sábanas del cuerpo de Minou, hizo una gran bola con ellas, bien apretada, y la tiró hacia la ventana. Al segundo intento, las sábanas regresaron al dormitorio.

Con Minou colgando de un brazo, Chester Grant fue hacia el coche, metió a la muchacha en el asiento de atrás y entró seguidamente. En vano intentó de nuevo encontrar un soplo de vida. Abrió el estuche, sacó la jeringuilla y la olió. Frunció el ceño, y tras retirar con la yema de un dedo una insignificante cantidad de líquido todavía adherido a la jeringuilla, lo probó. Inmediatamente, escupió fuera del coche, palideciendo.

Se quedó mirando a Minou.

—He aquí una linda víbora que ha muerto con su propio

veneno. Chocante, sí señor. Y puesto que no vaciláis en asesinar, vamos a seguir el juego, malas bestias.

Agarró a Sémard por la ropa, y lo pasó al asiento de atrás. Se aseguró de que llevaba el estuche con la jeringuilla en el bolsillo al mismo tiempo que sacaba la pitillera y llamaba. Servicio esmerado: funcionaba veinticuatro horas al día.

—¿Si?

—Lo espero dentro de quince minutos fuera de Ajaccio… ¿Le parece bien en el cruce de las carreteras 193 y 199?

—Estaré allí, señor.

Dieciséis minutos más tarde, Chester Grant hacía una señal con las luces al llegar al cruce indicado. De la oscuridad brotaron dos haces de luz como respuesta. Chester pasó cerca del coche que esperaba, siguiendo por la 193, El otro coche, simplemente, partió en su seguimiento. Pasaron poco más tarde por Carbuccia, a muy buena velocidad. Luego, por Bocognano, donde la carretera ya se mostraba más difícil, siempre en pendiente, hacia el montañoso interior de la isla. Por fin, Grant consideró que el sitio era bueno. Maniobró para emprender el regreso hacia Ajaccio, esperó a que el coche tomase velocidad cuesta abajo, y saltó. Por unos segundos, pareció que el coche pudiese bajar por sí mismo, sin control, pero esto no era posible. En determinado momento se fue hacia la izquierda, de nuevo hacia la derecha, otra vez hacia la izquierda y, finalmente, saltó fuera de la carretera, barranco abajo.

Unos tres segundos más tarde, se oyó el fuerte estruendo, y en seguida apareció el rojo resplandor, y una bola de negrísimo humo ascendió velozmente hacia las estrellas.

Un coche se detuvo junto a Grant, que subió, y señaló carretera abajo.

—Regresemos.

El agente soporte no contestó. Se limitó a obedecer. Grant lo miró y sonrió secamente al darse cuenta de que estaba lívido, que tenía el rostro demudado.

—Eran tres asesinos —explicó amablemente—. ¿Me han conseguido los datos sobre el Tiburón color granate?

El agente de la CIA que conducía, emitió una especie de maullido, se aclaró la voz, y graznó:

—Es muy difícil conseguir esos datos por la tarde, señor.

Esperamos obtenerlos a primera hora de esta mañana.

—De acuerdo. Uno de ustedes que se dedique a eso. Otro, que no pierda la vista la quinta de Eusebius Wallenstein. El tercero, que esté en todo momento a mi disposición.

—Sí… Sí, señor.

—Déjeme a cien metros del Imperial. Y llámeme en cuanto sepan algo de ese coche.

El agente soporte tragó saliva. Ahí estaba la diferencia entre él y Chester Grant, la diferencia entre un agente de tercera categoría y un agente de primera categoría: cuestión de nervios.

—Sí, señor —musitó.

* * *

Bip.

Bip.

Bip.

Chester Grant se sentó en la cama, alargando el brazo derecho hacia la mesita de noche, donde había dejado la pitillera, y alzando el izquierdo para mirar la hora: las diez y veinte. Hacía un hermoso día de sol.

—¿Sí?

—Coche Tiburón «Citroën», color granate, matrícula 617HL20, propiedad de Julien Grignan. Julien Grignan: cincuenta *y* dos años, viudo, una hija llamada Claudine, clase media acomodada, negocios de exportación de vinos, chalé en el 44 de Avenue Beverini-Vico. En el listín consta el nombre de la hija en el 208 de Cours Napoleón con el mismo número que una *boutique* llamada Printemps. Julien Grignan ha estado comprometido hace poco con ese jaleo que organizaron los corsos para conseguir la independencia de Francia, de su isla. Luego, de pronto, parece que lo pensó mejor y dejó de complicarse la vida. Es todo, señor, por ahora.

—El hombre que ha quedado libre de este trabajo, que vaya a apoyar al que vigila la quinta de Wallenstein. Mi felicitación a todos: están trabajando bien.

—Gracias, señor. ¿Ha escuchado la radio?

—No. Su llamada me ha despertado. ¿Por qué?

—Las autoridades están ya sobre el asunto del coche del barranco.

—Es lógico. No se preocupen por eso.

—Nosotros no estamos preocupados, señor. Pero Eusebius Wallenstein sí debe estarlo. La policía está ahora en su quinta.

—¡Ah, vaya! —sonrió duramente Grant—. Bueno, esto los distraerá un poco. De todos modos, estoy seguro de que Wallenstein se los quitará pronto de encima. Dirá que, en efecto, el coche era suyo; que esas tres personas trabajaban para él, y que no sabe nada del accidente. Se ocupará, muy compungido, de los trámites para el sepelio y asunto terminado. Me apuesto la cabeza. Por cierto, ¿hubo algún superviviente?

—Santo cielo… ¡Claro que no, señor!

—Bueno, en este juego también se pierde. ¿Algo más?

—No… No, señor. Es todo.

—No se descuiden. Ahora sé, con toda seguridad, que Wallenstein es capaz de todo. Adiós.

Cerró la radio, saltó de la cama y se metió en el cuarto de baño.

Veinte minutos más tarde, cuando estaba terminando de vestirse, volvió a sonar la llamada en la radio…

—¿Sí?

—Señor, la policía se fue ya de la quinta de Eusebius Wallenstein. Casi inmediatamente, un coche ha entrado. Lo conducía un hombre que ahora está en la casa.

—¿Podemos pensar que ese hombre ha estado esperando que la policía se fuese para visitar a Wallenstein?

—Yo diría que es evidente, señor.

—Bien. Cuando ese hombre salga, quiero que uno de ustedes lo siga. Pero no vuelva a llamarme. Yo llamaré.

—Sí, señor.

Tres minutos más tarde, Chester Grant abandonaba el hotel Imperial, con una de las pistolas requisadas en el bolsillo.

CAPÍTULO IX

Eusebius Wallenstein se agitó en el extravagante sillón, parpadeó, se irguió, de pronto, y alzó el antebrazo izquierdo, estirándolo para que el reloj quedase visible…

—Son las cinco y diez —oyó—: pronto amanecerá.

El belga dio tal respingo que a punto estuvo de saltar fuera del sillón. Sus manos se crisparon en las cabezas de tigre, y sus desorbitados ojos quedaron fijos en Chester Grant, sentado en uno de los sillones, con las piernas cruzadas, la mano derecha sobre la rodilla de encima, como descansando del peso de la pistola.

—¡Grant! ¿Qué hace aquí, cómo ha entrado?

Chester Grant sonrió secamente.

—No puedo admirar sus condiciones físicas, Wallenstein: un hombre que tiene en marcha un plan como el de usted, no debería dormirse. ¿Que cómo he entrado? No se lo va a creer: por el tejado.

—No es posible…

—¿Lo ve? Como usted no es capaz de hacerlo, cree que nadie puede lograrlo. Error, naturalmente. No espere a sus criados: los dos están en bastante mal estado y convertidos en fardos. Caramba, me sorprende no encontrar aquí a la señorita Mabillon. ¿No está en la casa?

—No… No.

—¿Dónde está?

—Tuvo que marchar rápidamente a Niza.

Chester Grant soltó una brevísima carcajada.

—¡No me diga…! ¿También se fueron con ella sus amigos Werfel y Chamfort?

—Sí.

—Qué cosa tan extraordinaria. Entonces…, ¿quiénes son las

personas que yo tengo prisioneras en cierto lugar de la costa?

—¿Qué? —jadeó Wallenstein.

—En el fondo, es usted un ingenuo, Wallenstein. Debe creerse listísimo al decirme que Danielle Mabillon y los otros dos están en Niza, mientras piensa que no es así, que la señorita Mabillon, desde esta tarde, está en conferencia con Julien Grignan en un sitio discreto, desde el cual, Grignan está haciendo llamadas a toda la isla para ir preparando a sus amigos para el gran momento que usted va a facilitarles, ¿no es así?

—¿Cómo sabe eso? —Casi gritó Wallenstein.

—¡Pero, hombre…! Danielle le llamó a usted obligada por mí, para que estuviese tranquilo mientras yo me dedicaba a la delicadísima labor de rescatar el *Stella Maris*…, cosa que ya está conseguida.

—No es cierto… ¡No es cierto!

—Es usted un pobre estúpido, Wallenstein. Sí, un estúpido y un ingenuo. Por lo tanto, no debo sorprenderme de que en Chez Perigord fuese usted a lavarse las manos, o a orinar, cuando lo hizo el sujeto llamado Massimo Negri. ¿Sabe a quién me refiero?

Eusebius Wallenstein estaba lívido. Por un instante, cerró los ojos, y pensó que estaba todavía dormido, y que soñaba.

—¿No sabe quién es Massimo Negri? —insistió, implacablemente, Chester Grant—. Se lo diré yo, entonces. Massimo Negri es aquel caballero delgado, más bien bajo, con lentes, cabellos entrecanos, de porte discreto e inteligente, que el día de ayer almorzó en el mismo restaurante que usted; el Perigord. Luego, muy disimuladamente, se encontraron en los lavabos, y allá, usted debió recibir determinadas últimas instrucciones. Después de esto, el señor Negri tomó café, y luego abandonó Chez Perigord. Uno de mis compañeros lo siguió hasta el discretísimo hotel Caravelle, en el número 5 de la rué Colonel Colonna
d’Ornano,
donde con el tacto habitual en la profesión, se enteró del nombre de ese caballero. Luego, se dedicó a vigilar la puerta del hotel, hasta que yo necesité a todos mis soportes. A partir de ese momento, el señor Massimo Negri quedó sin control, pero me atrevo a pensar que en estos momentos está durmiendo tranquilamente, esperando el momento en que, por la mañana, la radio informe sobre la

decisión tomada por París respecto al asunto del *Stella Maris*. ¿Me sigue usted?

—Sí.

—Bien. Como le he dicho, el *Stella Maris* ha sido rescatado. De los siete hombres, seis han muerto. Danielle, Chamfort y Werfel están a buen recaudo. Julien Grignan, finalmente, ha comprendido que sea lo que fuere lo bueno que pueda llegar para Córcega, no será por medio de usted, pues su hija y yo le convencimos en pocos minutos la pasada tarde. Usted, como ve, está a mi merced. Así las cosas, Wallenstein…, ¿qué tal si me explica quién es Massimo Negri y qué es lo que realmente han tramado ustedes?

—¿Bajo qué condiciones? —susurró Wallenstein.

—¡Ah…! ¿Quiere negociar? Pues, no. No hay trato.

—No creo nada de lo que usted ha dicho: el *Stella Maris* todavía está en poder de mis hombres.

—No. Pero no me proponga ir al puerto para verlo, porque permanecerá en alta mar hasta que yo haya terminado el asunto aquí.

—¿En alta mar? —sonrió, de pronto, Wallenstein, con sorprendente alegría—. ¡Entonces, soy yo quien puede imponer condiciones, señor Grant!

—¿De veras?

—Le aseguro que sí. Y voy a demostrarle que ni soy ingenuo ni estúpido… En todo caso, quienes tienen fama de serlo son ustedes, los americanos. ¿Usted cree que yo no sé guardarme las espaldas?

—¿Sabe hacerlo?

—Le voy a demostrar quién es más estúpido de los dos. Y le voy a demostrar que sé cómo tratar a los americanos… Cuando le haya dicho cómo están las cosas, usted me entregará esa pistola, señor Grant.

—Fantástico —se pasmó Chester.

—¿Quiere saber lo que ocurrirá si no lo hace?: el *Stella Maris* será hundido, con todas las personas que estén a bordo. Pero espere un momento, eso no es todo… ¿Quiere saber quién es Massimo Negri? Muy bien: su verdadero nombre es Igor Kevichian, agente especializado de la MVD rusa. Y usted ha adivinado algo: en efecto, es él quien está dirigiendo todo el asunto. Yo sólo soy… la cabeza visible.

—Ya. ¿Y cuál es el asunto, en definitiva?

—Conseguir que Córcega sea independiente, colocar a Julien Grignan como presidente de la nueva república…, y, acto seguido, atentar contra su vida; el nuevo presidente sería un hombre mucho más conveniente para Rusia. Un hombre que aceptaría convertir Córcega en la más gigantesca base naval y aérea soviética en el Mediterráneo, con lo que la NATO se encontraría verdaderamente en dificultades logísticas llegado un momento crucial. ¿Qué le parece?

—Es un buen plan —susurró Chester—. Requiere tiempo y habilidad para terminarlo, pero debo admitir que es magnífico. ¿Qué ganaría usted con ello, Wallenstein?

—Dinero. Y en poco tiempo, la ayuda necesaria por parte de los rusos para ir controlando todo el mercado de diamantes en Europa. Dentro de un par de años, Amberes no tendrá importancia en el negocio diamantífero. El nuevo centro mundial estará aquí, en Córcega, bajo mi exclusivo control. Rusia tendrá lo que quiere, y yo me convertiré en poco tiempo en el hombre más rico del mundo.

—¿Debo aplaudir? —sonrió Chester.

—Todo lo que tiene que hacer, es entregarme su pistola. Si no lo hace, el *Stella Maris* será hundido.

—Tonterías. Ya le he dicho…

—No lo entiende —gruñó Wallenstein—. Tengo una avioneta preparada para hacerlo. Desde el primer momento lo preparé así, como protección para mí, si algo salía mal. Y ha llegado el momento de utilizar esa avioneta. Lleva una carga de tres bombas que convertirán en astillas ese yate.

—Entonces, se quedará usted sin rehenes.

—Pero será una buena lección para quienes intenten oponerse a mí y a los hombres que desembarcarán en Ajaccio armados hasta los dientes por la mañana.

—¿Tiene usted realmente más hombres y armas en abundancia?

—¡Usted es el estúpido! —rió Wallenstein—. ¡Claro que tengo más hombres y armas! Están en un hermoso yate parecido al *Stella Maris*, anclado hacia el norte, esperando el momento. Puesto que las cosas no han salido bien de una manera, utilizaremos otro medio, menos agradable. ¡No estoy dispuesto a dar un solo paso atrás, Grant! ¿No le habló Danielle del *Goliat* y los hombres y las armas que hay en él?

—¡Maldita zorra…! —jadeó Grant—. ¡Maldita puerca que…!

—Tranquilícese —rió Wallenstein—. Y tome pronto una decisión, Grant. Si usted me entrega esa pistola, lo mataré, y espero poder volver a controlar la situación y recuperar el *Stella Maris*. Si no me da esa pistola, cuente con que al amanecer, esa avioneta saldrá en busca del *Stella Maris*, y lo hundirá.

—¿Por qué habría de hacerlo, sin recibir instrucciones de usted?

—Las instrucciones son precisamente que si yo no llamo al piloto cada hora a partir del momento en que amanezca, salga con la avioneta en busca del *Stella Maris* y lo hunda. Y ahora, veamos qué tal es usted, como ingenuo americano, Grant. ¿Su vida…, o la de treinta y tantas personas? Elija.

Chester Grant estuvo unos segundos mirando fijamente a Wallenstein. Por fin, murmuró:

—El caso es que no quisiera dejarlo escapar, Wallenstein. Usted, ha desorganizado a la CIA en el sur de Francia estos días, debido al asesinato de Roger Lambert. No quisiera perdonarle ese asesinato. Ni siquiera que un hombre como Igor Kevichian escapase a Rusia después de haber montado tan maquiavélico plan. Un hombre así es sumamente peligroso. En realidad, es un asesino frío, sin sensaciones ni sentimientos. Está jugando con vidas como si fuesen simples fichas de una partida de damas. Y usted…, usted también es un cerdo por secundarle y evitar así que el servicio secreto soviético dé la cara. No… No quisiera dejarlos escapar a ninguno de los dos…

—Si nos mata a nosotros…, es decir, tan sólo con que me mate a mí, el *Stella Maris* será hundido.

—Y todo eso, porque a partir del amanecer, usted no avisara al piloto de la avioneta de que permanezca en tierra.

—Sí.

—Bueno. —Grant sonrió malignamente—, ¿qué le parece si nos quedamos aquí tranquilamente, y en cuanto amanezca, usted llama a ese hombre y le dice que todo va bien?

—No lo haré. Sería como firmar mi sentencia de muerte, pues ya no tendría nada contra usted. Y morir por morir, me llevaré conmigo al infierno a todas esas personas.

—Busquemos otro medio —dijo gélidamente Chester Grant—. ¿Le gustaría que le arrancase los ojos con mis dedos, Wallenstein? Eso, para empezar. ¿Le gustaría?

—No…, no se atreverá… a hacer eso… —Tembló la voz de Wallenstein.

—¿No? Bueno, conteste a una pregunta: ¿va a llamar o no va a llamar al piloto de la avioneta?

—No… No.

—Wallenstein: dentro de cinco minutos, estará arrepentido de esa negativa. Piénselo bien.

—Está pensado. No voy a llamar.

—Bien… —Chester se puso en pie, lentamente—. Parece que su estupidez no es curable, Wallenstein. De todas las taras congénitas, posiblemente la estupidez sea de las más perjudiciales. Por lo menos, yo preferiría ser cojo, por ejemplo, que estúpido. Empezaremos la sesión curativa de estupidez con un solo ojo…

Mientras hablaba, Chester Grant cruzaba el amplio despacho, hacia Wallenstein, que tenía una mano en cada cabeza de tigre, y le miraba fijamente, relucientes los ojos.

Y de pronto, cuando Grant estaba solo a media docena de metros de su atigrado trono, Eusebius Wallenstein lanzó una exclamación de alegría, de triunfo, mientras sus manos apretaban con fuerza la parte posterior de las cabezas disecadas de los tigres, por cuyas fauces brotaron los fogonazos, simultáneos, de dos disparos en cada cabeza.

Chester Grant lanzó un alarido y saltó violentamente hacia atrás, de lado, con tal impulso que fue a caer casi tres metros más allá, mientras la pistola, saltando de su mano, describía una trayectoria tensa, que la llevó hasta la pared, por detrás de Grant, pero aún más lejos de Wallenstein, que saltó del sillón rápidamente.

Dio un par de pasos hacia la pistola, pero Grant, después de rodar por el suelo, también se puso en pie, y, aunque tambaleándose, también corrió hacia el arma. Wallenstein comprendió que Grant sería el primero en llegar, y entonces, en lugar de seguir corriendo hacia el arma, dio media vuelta, y corrió hacia la puerta del fondo del despacho, la abrió, abandonó el despacho, y cerró tras él, con llave. Cruzó rápidamente aquella habitación, salió de ella, y se encontró en el vestíbulo. Se lanzó escaleras arriba a toda velocidad, llegó a su dormitorio, se encerró en él con llave, y se abalanzó hacia el teléfono que había sobre la mesita de noche, en el que marcó un número, mientras jadeaba

fuertemente.

—¡Maldito seas…! ¡Maldito, maldito, maldito…! ¡Contesta de una vez!

El teléfono llamaba al otro lado, pero no contestaban. Wallenstein estaba a punto de colgar para volver a marcar, cuando el auricular del otro lado fue descolgado.

—¿…?

—¡Werner, húndelo! —chilló Wallenstein—. ¡Hunde el *Stella Maris*, si no te he llamado dentro de diez minutos! ¿Entendido?

—¡…!

—¡Sí, eso es, que lo hundas! ¡Espera sólo diez minutos, y si no te llamo, ve a hundirlo!

Colgó el auricular, se sentó en la cama, y lanzó un rugido de triunfo. En aquel momento, muy sosegadamente, Chester Grant entraba en el dormitorio, pistola en mano. Wallenstein lo miró atentamente, y parpadeó al no ver herida alguna en el cuerpo del *play-boy*.

—¿Busca las heridas? —sonrió Grant—. No existen. Mientras usted dormía, pensé que era una tontería eso de las cabezas de tigre, y les eché un vistazo detenido. Por lo tanto, cuando me acerqué a usted, lo hice cuidando muy bien de no ponerme en la línea de tiro. Sólo se trataba de permitirle que se moviese a su gusto, Wallenstein.

—¿Qué… qué quiere decir? —chilló el belga.

—Además del asunto de la avioneta, podía tener usted algún recurso más, que fuese desconocido incluso por Danielle Mabillon. Y antes de matarle, quería estar seguro de que todo lo que tenía para protegerse era la amenaza de esa avioneta. Ahora, ya puedo matarlo.

—¡Piénselo bien! ¡He dado la orden a mi piloto, y si no le llamo dentro de diez minutos…!

—Wally, Wally, Wally —movió la cabeza Grant, sonriendo siniestramente—. ¿No lo entiendes, muchacho? Sabía ya lo de la avioneta, pero Danielle no sabía dónde estaba, así que tenía que jugar la baza a mi manera. Danielle me lo dijo todo, todo, todo… Es decir, todo lo que sabía. Por ejemplo, lo del yate *Goliat,* lleno de mercenarios y de armas… ¿Y sabes lo que hice, Wally? ¡Estoy seguro de que no eres capaz de imaginarlo!

—¿Qué… qué hizo…?

—Pues, unos amigos míos han cambiado esta noche el nombre del *Stella Maris*, colocando otro nombre en su lugar: *Neptunus*. Mientras tanto, una docena de especialistas de la CIA llegaron muy sigilosamente desde Marsella, perfectamente equipados de hombres ranas y portando, ya confeccionado, un gran panel, por secciones, provistos de ventosas. ¿Y sabes lo que se puede leer en ese cartel cuando se colocan ordenadamente sus secciones, Wally? ¿Lo sabes? Pues se puede leer *Stella Maris*. ¿Y sabes lo que han estado haciendo esta noche los especialistas de la CIA, Wally? Pues, con gran habilidad, a las tres de la mañana aproximadamente, terminaron de colocar las secciones de ese panel con el nombre del *Stella Maris* sobre las letras que componen el nombre de otro yate: el *Goliat*. Wally: ¿lo entiendes? Claro que esos amigos míos podían haber atacado directamente el *Goliat*, pero… ¿por qué correr riesgos, atacando un yate atestado de armas y de mercenarios; de profesionales de la guerra pagada? No, Wally, no: se pone el cartelito del *Stella Maris* al *Goliat*, se marcha uno tan sigilosamente como ha llegado, y asunto terminado. ¿A que sí lo entiendes, Wally?

Eusebius Wallenstein tragó saliva. Estaba lívido hasta lo increíble. Cuando Chester Grant le apuntó al pecho con la pistola, abrió la boca, pero todo lo que consiguió fue un violento temblor de labios.

* * *

Casi temblaba de pavor ante la eventualidad de fallar, de tener que presentarse a Eusebius Wallenstein diciendo que no lo había logrado, que no había podido dejar caer las tres pequeñas bombas sobre el *Stella Maris*.

Pero, realmente, la culpa no sería de él. Wallenstein le había dicho que el *Stella Maris* estaba anclado hacia el sur de Ajaccio, y esto no era cierto. Había visto anclado un yate, cierto; no era éste, sino *Neptunus*. También había visto otro más pequeño, al abrigo de una cala. Y varias barcas de pesca… ¡Pero ni rastro del *Stella Maris*!

En este estado de inquietud, de confusión mental, el piloto de la avioneta decidió, de pronto, volar hacia el interior y hacia el norte, describiendo un amplio arco. Por algún motivo, quizá los hombres que controlaban el *Stella Maris* podían haber decidido anclar en otro

sitio. Y si así era, él tenía que encontrar el maldito yate, estuviese donde estuviese.

Lo consiguió.

Eran ya casi las siete de la mañana cuando de pronto, a pleno sol, vio el yate, anclado, hacia el norte de Ajaccio. ¿Podía ser, por fin, el *Stella Maris*?

En menos de un minuto, estuvo volando sobre él, tan cerca, que pudo leer perfectamente el nombre en grandes letras doradas. ¡Magnífico! Sobrevoló la embarcación, dio la vuelta, y regresó… No podía fallar. Era imposible que fallase un blanco tan fácil como el que representaba aquel yate grande, inmóvil sobre las azules y transparentes aguas.

Y no falló.

Cuando emprendió el regreso hacia el aeródromo de Bastia-Poretta, al norte de la isla, dejaba tras él un millón de astillas dispersas, una gran mancha ardiente de combustible, por entre cuyo negro humo se veía, apuntando al cielo, la proa del yate que llevaba el nombre de *Stella Maris*, y que poco después desaparecía, envuelta en un remolino de agua mezclada con gasóleo ardiendo.

El regreso, cruzando en diagonal por encima de las montañas de la isla, fue rápido y sencillo. Media hora más tarde, aterrizaba en Poretta sin novedad. Todo lo que tenía que hacer ahora, era desaparecer de allí, dejando abandonada la avioneta, a la que jamás debería volver a acercarse. Su parte, estaba terminada.

Y tan terminada.

Tras dejar la avioneta, estaba llegando ya al edificio del aeropuerto, cuando vio aparecer a los tres hombres. Por un momento, no les hizo caso, pero, de pronto, se detuvo, y se quedó mirándolos… que era lo que ellos estaban haciendo a su vez: lo miraban con terrible fijeza, inmóviles. Le estaban esperando.

El piloto de la avioneta asesina dio media vuelta lentamente, para elegir su ruta de escape. Entonces, vio a dos agentes de la policía de Bastia, uno acercándose a él por detrás, en diagonal; el otro caminando hacia la avioneta. El piloto llevaba una pistola, pero se esforzó en conservar la serenidad. Si sacaba su pistola, era hombre muerto, seguro. En cambio, si esperaba, quizá todo se solucionase. Sí, quizá todo era un error…

Así pues, no se movió cuando uno de los hombres vestidos de

paisano se acercó, para detenerse a pocos pasos de él.

—¿Habla usted francés, *monsieur*? —preguntó en este idioma.

—Sí… —asintió el piloto—. Sí.

—Somos de la DST[1]. Voy a rogarle que venga pacíficamente con nosotros, *monsieur*.

—¿Por qué?

—Se le contestará a usted al mismo tiempo que a otras personas que nos han sido entregadas por agentes de un servicio amigo. Esas personas se llaman Danielle Mabillon, Stefan Werfel, Paul Huysmans, René Latour y Jacques Sostel… Todos ellos empleados del señor Eusebius Wallenstein…, como suponemos que lo es usted. ¿Podemos confiar en su comprensión, *monsieur*? Por otra parte, debo confesarle honradamente que no tiene usted escapatoria posible.

Por un instante, el piloto pensó que moriría matando. Y de pronto, comprendió que eso era una idiotez, y alzó las manos por encima de su cabeza.

* * *

Sentía un poco pesada la cabeza, porque no había dormido bien. Para él, aquel asunto era terriblemente importante. Era el último paso antes de abandonar definitivamente aquella clase de vida e instalarse cómodamente, con prestigio, en uno de los despachos de Moscú. A partir de ese momento, la vida de riesgos habría terminado.

Igor Kevichian, o Massimo Negri, dejó de mirar por la ventana de su cuarto en el hotel Caravelle. Fue a sentarse en el borde de la cama, y tras mirar su reloj, encendió la radio a transistores que tenía sobre la mesita de noche. Eran las diez menos diez minutos de la mañana. A partir de las diez, la respuesta de París a los secuestradores del *Stella Maris* debía ser hecha pública, seguramente.

Pero, a las diez de la mañana, la noticia radiada fue bien diferente: el *Stella Maris* había sido rescatado, sin que ni uno solo de sus ocupantes hubiese sufrido daño alguno. En aquellos momentos, el yate estaba en el puerto, invadido por la policía, periodistas y fotógrafos…

Durante unos segundos, Igor Kevichian creyó que no estaba

oyendo bien. Mejor dicho, ni siquiera escuchó la continuación de la noticia… De pronto, se abalanzó hacia el teléfono, descolgó el auricular y pidió un número a la centralita del hotel. Poco después, el auricular del teléfono requerido era descolgado.

—¿Diga? —Oyó Igor Kevichian.

—¿Es la casa del señor Wallenstein?

—Así es.

—Quisiera hablar con él.

—¿Con el señor Wallenstein? ¡Oh, bien…! ¿Quién le llama?

Igor Kevichian era un zorro demasiado astuto, y sobre todo, demasiado viejo para contestar a semejante pregunta. Pero, además, aquel tono de voz era familiar para él. Era el tono de voz de quien está al acecho de conseguir una información importante…

—¿*Monsieur*? —instaron al otro lado de la línea.

Kevichian colgó el auricular. Cerró la radio, la recogió junto con todas sus demás pertenencias, que fue metiendo apresuradamente en la maleta, y por fin echó un vistazo alrededor, para asegurarse de que no olvidaba nada.

Convencido de esto, agarró la maleta, fue hacia la puerta, y la abrió. Entonces vio a Chester Grant. Estaba de pie en el pasillo, delante mismo de la puerta, con la pistola en la mano, apuntándole. Y vio en sus ojos la luz fría y siniestra de la condena de muerte.

—Por Roger Lambert —susurró Chester Grant.

¡Plop!, chascó su pistola.

CAPÍTULO V

—Mi querido señor Wallenstein —tendió la mano Chester Grant, compungido el gesto—. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Puse la radio del coche y me pareció oír mencionar su nombre, y algo referente a un accidente, a la policía… ¡Por suerte está usted bien, según veo!

—Yo, sí —murmuró Wallenstein—. Pero ha ocurrido una terrible desgracia, señor Grant: Minou se ha matado esta madrugada, en un accidente de automóvil.

—¡Por Dios! ¡Pero eso es horrible!

—Espantoso.

—¡Santo cielo, cómo lo siento! —Chester miró a Danielle, que le contemplaba fijamente, un poco pálida—. Ha debido ser un duro golpe para ustedes. Especialmente para usted, señorita Mabillon. ¿Cómo ha ocurrido?

—No tenemos la menor idea —susurró Danielle—. Anoche, Minou le pidió uno de los coches al señor Wallenstein, para salir. La acompañaban otros dos empleados del señor Wallenstein. Salieron de aquí, y eso es todo lo que sabemos. Lo único que se nos ocurre pensar es que debían ir a algún sitio a divertirse.

—¡Qué suceso tan desdichado! Bien, no sé qué decir… Me gustaría poder ayudar en algo… Discretamente, desde luego, ya que, como bien saben, no quisiera que se supiese que estoy en tratos con el señor Wallenstein. Pero si bajo esas condiciones puedo hacer algo…

—Se lo agradecemos mucho, señor Grant —dijo Wallenstein—, pero no creo que pueda hacer nada. Precisamente nosotros íbamos a ir ahora al depósito de cadáveres… No creo que se pueda hacer ya ninguna otra cosa.

—¡Qué barbaridad, qué barbaridad! Bueno, si esto va a tener

consecuencias para nuestro negocio…

—De ninguna manera —cortó Wallenstein—. Usted no debe preocuparse por eso, señor Grant.

—¡Ah! Pues… Bien, me parece que no he venido en un momento muy oportuno, ¿verdad?

—Le agradecemos su interés, naturalmente.

—Comprendo. Vaya, no les molesto más. Siento mucho lo ocurrido, y ya saben que si puedo ayudar en algo, pueden llamarme al hotel Imperial.

Chester Grant salía de la quinta un minuto más tarde, al volante del «404», sonriendo secamente. Éste era el juego que mejor sabía jugar él: las mentiras. De todos modos, la pistola no había sido necesaria. Había creído prudente ir armado, pero no había visto en la casa al hombre que, según sus soportes, estaba de visita en la quinta. Por supuesto, en cuanto el criado le anunció, Wallenstein se apresuró a ocultar a su visitante.

Un visitante en aquellas circunstancias… Esto implicaba que el tema a tratar era importante y delicado, pues de otro modo, el asunto se podría haber solucionado por teléfono. Sí, algo muy importante estaban tramando Wallenstein y su desconocido visitante. Tan importante que, como preámbulo, Roger Lambert había sido asesinado en Niza, y luego su asesino había sido descuartizado para evitar que fuese capturado y obligado a hablar.

Pero ¿por qué matar al residente de la CIA en Niza, si lo que fuese que estuviesen tramando tenía que ocurrir seguramente en Córcega?

¿Por qué?

La luz se hizo, de pronto, en el cerebro de Chester Grant. ¿Por qué? La respuesta parecía fácil: querían atraer la atención de la CIA hacia Niza. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tenía que ser eso: matan al residente de la CIA en Niza, y, ¿qué ocurre entonces? Pues lógicamente que todo el personal de la CIA afecto a la zona de Marsella, como era el caso de Niza y Córcega, se pone en movimiento hacia Niza precisamente, descuidando los demás puntos de vigilancia continua.

¿Qué estaban planeando en Córcega?

Las pocas dudas que Chester tenía respecto a su actividad para aquella mañana se esfumaron.

* * *

Claudine Grignan alzó la mirada de la tarjeta de visita que le había entregado su dependienta, y miró a ésta.

—No le conozco —dijo.

—Es un americano muy guapo —sonrió la dependienta.

—Eso quiere decir que tú le recibirías, Nanette.

—¡Ya lo creo que sí!

—Bueno —sonrió Claudine—, cuando menos voy a asegurarme que tu gusto para los hombres guapos es aceptable. Que pase.

Nanette salió, y Claudine volvió a mirar la tarjeta de visita. Chester Grant. No… Estaba segura de que no lo conocía. Quizá fuese un americano rico, que quisiera comprarle algunas ropas elegantes a su esposa y deseaba que la propia dueña de la *boutique* le asesorase. Esto había ocurrido más de una vez.

La puerta del despacho de Claudine Grignan se abrió otra vez. Claudine miró hacia allí, sonriendo cortésmente… y en el acto sintió algo parecido a un mazazo en plena cabeza; a continuación, el corazón le dio un vuelco, y como consecuencia de esto, la sangre dejó de circular normalmente por su cuerpo, tomando rutas anárquicas, que ocasionaron un extraordinario calor en la piel de la muchacha. ¿Un americano muy guapo? ¡Dios! Nanette había omitido un detalle mucho más interesante que éste: era un americano hombre.

—Buenos días, señorita Grignan.

—Buenos días, señor Grant —se serenó Claudine—. Por favor, siéntese.

—Muchas gracias. Espero no hacerle perder mucho tiempo.

Claudine sonrió, de nuevo cortésmente. ¿Perder el tiempo? Con un hombre como aquél, el tiempo no debía perderse jamás… Jamás. ¡Por Dios! ¿Qué estaba pensando? Se dio cuenta de que Grant la estaba mirando con cierta sorprendida expectación, y se sonrojó bruscamente. ¡Qué absurdo, sonrojarse ella…!

—Hum… ¡Oh, no! ¡No, no, señor Grant! ¿En qué puedo servirle?

—Antes de hacer la petición, quisiera exponerle un corto preámbulo, señorita Grignan. Verá usted… En estos momentos, dos amigos míos están con su padre. Cada uno de mis amigos tiene una pistola. Cada una de esas pistolas está apuntando a la cabeza de su padre. ¿Lo comprende?

Del sonrojo, Claudine había pasado, no menos bruscamente, a una palidez de muerte. Se quedó sin aliento, congelada, incapaz de reaccionar.

—Pero no debe usted preocuparse —sonrió Grant—. A menos, claro está, que se niegue a facilitarme cierta información. Su padre es un hombre un tanto terco, y se ha negado. Yo, en lugar de matarlo, he preferido venir a verla a usted en plan razonable. ¿No le parece razonable mi proposición? La vida de su padre por unas cuantas palabras de usted.

—No es verdad —jadeó Claudine—. ¡No es cierto!

—Le diría a usted que llamase por teléfono a su padre, pero no serviría de nada. Mis amigos tienen órdenes de no dejarle contestar ninguna llamada. Vamos, señorita Grignan, comprenderá usted que no he venido aquí a decir estupideces. Y no se preocupe más, por favor. Si contesta a mis preguntas, todo terminará bien.

—¿Qué… qué es lo que quiere usted saber?

—Eso está mejor. Vamos a entendemos muy bien, ya verá. Veamos… ¿Qué están tramando ustedes, los Grignan, junto con Eusebius Wallenstein?

Claudine, que había recuperado un poco el color, volvió a palidecer.

—¡Dios mío!

—¿Tan malo es el asunto? —Alzó las cejas Chester.

—No, no… Yo… yo no sé…

—Sí lo sabe. Ayer la vi salir de la quinta de Wallenstein conduciendo el coche de su padre. Iba con él, ¿recuerda? Estuvieron allí hablando con Wallenstein. ¿De qué hablaron?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—Señorita Grignan: si yo llamo al número de su padre, dejo que el teléfono suene tres veces, cuelgo, vuelvo a marcar y dejo que el teléfono suene otras veces, mis amigos sabrán que la siguiente llamada inmediata proviene de mí, y uno de ellos contestará. Sólo tengo que decirles que usted es tan terca como su padre, y mi amigo comprenderá. Seguramente oiría usted los disparos por el teléfono. ¿Llamo por teléfono, señorita Grignan?

Claudine miró con los ojos desorbitados la fuerte y velluda mano que se posó sobre el auricular.

—No —gimió—. ¡No, por Dios!

—De acuerdo. Ahora, serénese, trague saliva, ponga en orden sus pensamientos y charlemos con orden. ¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, sí…

Chester encendió dos y entregó uno a Claudine… Sí, señor, era la chica más bonita que había visto jamás… Aunque esto quizá no era exacto. Seguramente había visto muchas muchas mujeres más hermosas que Claudine Grignan, pero ninguna le había gustado tanto a él. Detalle importante, sin duda. ¿Por qué le gustaba Claudine Grignan más que ninguna otra mujer del mundo?

—¿Está más tranquila? —musitó.

—Sí. Pero, señor Grant, le aseguro que yo no sé exactamente qué es lo que se propone el señor Wallenstein.

—Algo debe saber. Por lo menos, sabrá qué hablaron él y su padre, ¿no?

—Bueno, sí… El señor Wallenstein sabe que mi padre estuvo hace poco involucrado en los acontecimientos de la isla. Ya debe saber usted a qué me refiero, esa… pretensión de conseguir la independencia de Córcega, la separación de Francia.

—Conozco el asunto. Pero parece que está un poco de capa caída, ¿no cree usted?

—Sí. Pero el señor Wallenstein es probable que quiera actualizarlo. Llamó a mi padre para proponérselo.

—¿Wallenstein está… laborando para conseguir que Córcega se independice de Francia? ¿De qué modo?

—No lo sé. Le dijo a mi padre que tenía preparado un plan infalible, en el que, salvo imprevistos, no habría derramamiento de sangre. Mi padre insistió en querer conocer ese plan, pero el señor Wallenstein le dijo que no debía preocuparse. Todo lo que esperaba de mi padre era que, llegado el momento, aceptase colocarse como cabeza visible de los acontecimientos. Todo ello porque mi padre tiene un gran prestigio que serviría para atraer a todos los corsos a su lado y, por lo tanto, al lado del señor Wallenstein. Lo que éste quiere es que no haya ningún disidente dentro de la isla, que todos se unan a mi padre en el momento oportuno, formando un bloque indestructible. El plan del señor Wallenstein, según él dijo, obligaría a Francia a aceptar inmediatamente las negociaciones para la independencia de Córcega. Y desde el primer momento, mi padre sería propuesto como… como presidente de la nueva República

independiente.

—Sabroso cebo —murmuró Grant—. ¿Su padre aceptó?

—Mi padre dijo que… que aceptaría, si realmente no había derramamiento de sangre. Cuando nos fuimos, intenté disuadirle, pero temo que no lo conseguí.

—¿De verdad no sabe usted cuál es el plan de Wallenstein?

—Le juro que no.

—Con sinceridad, señorita Grignan: ¿usted cree tan fácil que Francia se desprenda de Córcega?

—Claro que no.

—Entonces, estamos de acuerdo. ¿Un plan que no ocasionaría derramamiento de sangre? Eso no puede creerlo ni un niño, con toda su maravillosa ingenuidad. Tenga por seguro que sean cuales fueren los planes de Wallenstein, la cosa se complicará mucho. Por otra parte, podemos preguntarnos si esa independencia es un deseo auténticamente corso, o una maniobra de subversión provocada por gentes del exterior. ¿Me comprende usted? Está ocurriendo en muchos sitios, además de Córcega, naturalmente. ¿Me comprende?

—Sí, sí.

—Si yo le garantizase a usted la inmunidad de su padre, ¿podría contar con su ayuda?

—¿Mi ayuda? ¿Para qué?

—Está bien claro —dijo secamente Grant—. Para impedir que Wallenstein provoque en Córcega una situación caótica en la que, no le quepa la menor duda, se derramaría sangre… en vano. ¿Quiere ayudarme?

—¿Qué… qué tendría que hacer?

—Algo extraordinariamente fácil. —Chester Grant recogió su tarjeta de sobre la mesa, y se la guardó—: Simplemente, olvidarme.

—¿Cómo?

—No existo —sonrió Grant—. Usted no me ha visto, no ha ocurrido nada, no sabe nada… Si alguna persona de las que me han visto entrar en su despacho le preguntase por mí, invente cualquier cosa sin importancia. Si nadie pregunta, incluso usted debe olvidar que existo. ¿No le parece fácil?

Claudine parpadeó. ¿Fácil? ¡Era imposible olvidar a un hombre como aquél!

—Sí. Lo intentaré, señor Grant. Quiero decir que lo haré.

—Magnífico. Bien, hasta la vista.

—Mi padre… Señor Grant, usted me ha prometido…

—Señorita Grignan, su padre está perfectamente, se lo garantizo. Por cierto, no comente esto ni siquiera con él, porque se sorprendería mucho y, además, quizá nos complicase las cosas. Quiero decir que en ningún momento han existido esos amigos míos dispuestos a matarlo. Ha sido una broma un tanto cruel, que espero que me perdone. Hasta la vista, señorita Grignan. ¿Me guarda rencor?

Claudine tragó saliva y movió la cabeza.

—No… Creo… creo que no…

—¿Lo cree? —Chester rodeó la mesa, puso una mano bajo la barbilla de Claudine, la alzó y la besó en los labios, muy suavemente, sin prisa alguna—. Asegúrese porque volveré por aquí a preguntárselo de nuevo.

Chester Grant salió del despacho, dejando a Claudine como clavada al sillón, petrificada, todavía cerrados los ojos, de nuevo con la sangre circulando alocadamente por su cuerpo. ¿Olvidarlo? ¿Cómo iba a conseguirlo? Imposible, imposible, imposible… Y de pronto, la imagen de Chester Grant pareció brillar, con la nitidez de una diapositiva, en la mente de Claudine Grignan. Abrió los ojos, se puso en pie de un salto, y fue hacia la mesita del rincón donde acostumbraba dejar las revistas.

Tardó muy pocos segundos en encontrar la que buscaba. La fotografía de Chester Grant aparecía allí, en colores. Estaba en una playa de Grecia, en compañía de otras personas del *jet set* europeo, con una hermosa muchacha en cada brazo, todos en traje de baño, riendo. El pie de la fotografía decía: «Esta vez en una hermosa playa griega, el famoso *play-boy* norteamericano Chester Grant, siempre acompañado de hermosas…».

La puerta del despacho se abrió de pronto, y Nanette entró como disparada por un cañón.

—¡Dios mío, qué tonta he sido, Claudine! ¡Lo he recordado cuando me ha sonreído al marchar! ¿Sabes quién es ese hombre tan guapísimo?

Claudine le mostró la fotografía, y consiguió sonreír.

—Yo también lo he recordado. Ha venido a hacerme un pedido especial para una persona que no ha querido mencionar.

—¡Qué hombre tan encantadoramente sinvergüenza! —rió Nanette.

El hombre encantadoramente sinvergüenza estaba ya en su coche, con la pitillera en la mano.

—Novedades —pidió.

—¡Ah, señor! Quería llamarle, pero como usted dijo…

—No importa. Y ya he llamado, ¿no? Veamos: ¿salió Wallenstein de su casa?

—Sí, señor. Acompañado de una hermosa muchacha.

—Danielle Mabillon, su secretaria… De carácter estrictamente privado —sonrió secamente Grant—. Es de suponer que uno de nuestros compañeros los ha seguido. ¿Dónde están ahora?

—Fueron al depósito de cadáveres. Luego pasaron por el Banco. En estos momentos están almorzando en un restaurante muy elegante, llamado Chez Perigord.

—¡Ah, sí! Parece que Wallenstein tiene buen gusto para algunas cosas, después de todo. Que no los pierdan de vista. ¿Y el sujeto que estaba dentro de la casa cuando yo fui esta mañana?

—El sujeto en cuestión salió unos cinco minutos después que usted, señor. Claro está, uno de los nuestros le siguió, mientras el otro se quedaba vigilando para seguir luego a Wallenstein…

—Sí, sí, sí… Bien, ¿qué está haciendo ese sujeto?

—Está en el *Stella Maris*, señor. Por eso hubiese querido llamarle yo para decírselo inmediatamente.

—¿En el *Stella Maris*? —susurró Chester—. ¿Y qué demonios hace allí?

—Lo ignoro, señor: el *Stella Maris* zarpó…

—¿Cómo que zarpó?

—Permítame explicárselo, señor. Verá usted: el sujeto salió de la quinta de Wallenstein y se fue directo al Puerto Viejo. Allá, abordó una lancha que estaba amarrada. En la lancha habían seis hombres que evidentemente le estaban esperando. Estuvieron los siete hablando unos minutos. Luego subieron al muelle, y se alejaron a pie. Llegaron a donde está anclado el *Stella Maris* y, sencillamente, subieron a bordo. Un minuto después, el *Stella Maris* zarpaba, señor. Nuestro compañero asegura que aquellos hombres están armados.

Aparte de que no sabía qué hacer, una intervención personal habría sido inútil, sin duda alguna. ¿No cree, señor?

Chester Grant estaba lívido. En el *Stella Maris* había más de treinta personáis, sin contar a la tripulación. Y todas ellas eran importantes por uno u otro motivo. Personalidades de las altas esferas sociales. Había sobre todo franceses, pero también ingleses, dos alemanes, suizos, holandeses…

—¿Señor?

—Sí, sí —musitó Chester—. Le estoy oyendo. ¿Nuestro compañero está siguiendo con la lancha al *Stella Maris*?

—No, señor. Pero permítame que le explique por qué: evidentemente, un yate como ése no es fácil de esconder, y no menos evidentemente, una lancha que vaya tras él sin perderlo de vista, sería vista a su vez. Nuestro compañero opinó, y yo creo que con buen criterio, que podía dejar marchar al yate, sin inquietar a nadie por seguirlo y pensando, por otra parte, que será muy fácil de localizar en cuanto queramos, considerando que podemos disponer de un helicóptero. Si usted lo desea, nuestro compañero puede ir ahora mismo a Campo del Oro y utilizar el helicóptero.

—No… No, no. Por el momento, dejen ese aparato en el aeropuerto. Tengo que pensar… ¡Maldita sea!

—Parece que las cosas se han complicado, ¿verdad?

—Más de lo que usted imagina, muchacho. ¿Tenemos algún sitio discreto para llevar invitados?

—¿Invitados, señor? ¡Oh, creo que entiendo! Bueno, nosotros hemos instalado una pequeña base volante en un apartamento, aquí mismo, en Ajaccio, pero disponemos de un pequeño chalé cerca de *Tour* de la Parata, en la playa. Ahí es donde tenemos las instalaciones centrales de Córcega, con alcance a Niza y Marsella, naturalmente.

—¿Quién tiene la llave?

—Nadie, señor. La llave está escondida allí mismo, cerca del chalé. Como es lógico, también tenemos camuflada la radio, y hasta algunas armas.

—Dígame dónde está exactamente el chalé, la llave, la radio, las armas… Todo.

La información fue facilitada por el agente soporte. Grant dio las gracias, cerró el contacto y quedó pensativo. Miró su reloj, asintió

con un gesto, y puso en marcha el coche. Pocos minutos después, entraba en su habitación del hotel Imperial. Colocó una de las maletas sobre la cama, la abrió y alzó la tapa del doble fondo, que ocultaba una pistola con silenciador, un par de pasaportes, dinero, dos cargadores, estuches parecidos a los de las plumas estilográficas, dos rollos de alambre finísimo, tres oídos mágicos… Era un escondrijo perfecto, capaz de engañar la revisión de cualquier empleado de aduanas, plano hasta el límite máximo que permitía la pistola, que iba encajada en una cavidad de la tapa que aún disminuía más el lugar ocupado e impedía que se moviese.

De todo esto, Grant eligió la pistola con silenciador y uno de los estuches. Cerró la maleta, la dejó en su sitio y de otra sacó un par de revistas, a las que arrancó algunas hojas. Con estas hojas, envolvió las pistolas de Louvain y Sémard. No las necesitaba ya para nada, puesto que había decidido utilizar la suya especial. Las tiraría por ahí en cualquier sitio.

Volvió a mirar su reloj, lanzó una exclamación y salió a toda prisa de la habitación, con la pistola silenciosa en el sobaco, las otras envueltas en hojas de revista, y el estuche en un bolsillo interior de la chaqueta.

Tenía que darse prisa, mucha prisa.

CAPÍTULO VI

Claudine correspondió al saludo de despedida de sus empleadas y miró su relojito. Sí, ya era la hora de almorzar, pero quería terminar aquellas cuentas. La visita de Chester Grant en sí no le había hecho perder mucho tiempo, pero luego no había podido concentrarse en lo que estaba haciendo.

Ni podía todavía. Nada le salía bien, se equivocaba constantemente.

—Será mejor que lo deje para otro momento.

Era una buena decisión. Abandonó el despacho, salió a la tienda, en la que ya no quedaba nadie, y fue en busca de las llaves, pensando que un buen almuerzo la tranquilizaría. Salió de la tienda, cerró y, como siempre, abandonó Cours Napoleón al llegar a la primera esquina a la derecha de la *boutique*, tomando por una pequeña calle transversal. Poco después, llegaba al *boulevard* Masseria, donde estaba el restaurante Pigalle, donde almorzaba prácticamente todos los días.

En el Pigalle, Claudine era muy conocida y estimada, y era muy rara la vez que no tenía reservada su mesa preferida. La vio desocupada y se dirigió hacia ella, correspondiendo a los saludos de los empleados. Pidió un Ricard con agua mientras le preparaban el almuerzo, encendió un cigarrillo y quedó pensativa, con la mirada fija en los dibujos del mantel… hasta que una sombra se proyectó sobre éste.

—Gracias, Pie…

No era el camarero con el almuerzo.

—¡Qué coincidencia tan agradable, señorita Grignan! —le sonrió Chester Grant—. ¿También a usted le gusta almorzar en Pigalle?

Claudine, que había notado de nuevo aquel salto quíntuple

mortal del corazón en su pecho, se quedó mirando fijamente al americano.

—¿Me está siguiendo? —murmuró.

—Sería tonto negarlo, ¿verdad? Llegué justo cuando usted salía de la *boutique*, y me pareció oportuno asegurarme de que podríamos hablar a solas. Éste es un buen sitio. Y muy agradable. ¿Puedo sentarme?

—Me parece que no podría evitarlo, ¿verdad?

—¿Desea evitarlo?

Claudine bajó la mirada, mientras notaba un desconocido calorcillo en todo el cuerpo.

—No.

Chester Grant se sentó. Pidió para él exactamente lo mismo que había pedido la señorita, y se quedó mirándola fijamente. Sí, señor; era la chica que más le gustaba a él. Pero…

—Me pregunto —lo miró ella, de pronto— cómo es posible que no esté rodeado de fotógrafos, señor Grant.

—¡Ah! ¿De modo que ya me ha situado en su memoria de lectora de revistas? —Casi rió Chester—. La verdad, estaba un poco decepcionado. Y por favor, alegre el semblante: no es tan malo almorzar con un simpático *play-boy*, a fin de cuentas.

—¿Quién es realmente usted?

—Buena pregunta. Soy un agente especial para misiones internacionales de la CIA. Por lo general, sólo intervengo cuando ocurre algo en lo que interviene la palabra muerte.

—¡Dios mío! ¿A quién han matado?

—Por el momento, han muerto cinco personas. Y mucho me temo que hay otras treinta y tantas corriendo ese riesgo en estos momentos.

Claudine quedó muda de espanto. El camarero llegó con el aperitivo para Chester, que bebió un sorbo, con gesto apacible. Y puesto que el camarero ya se había retirado, prosiguió:

—Claro está, los muertos, muertos están. Pero ¿no le parece a usted que nosotros podríamos hacer algo para evitar treinta y tantos asesinatos?

—Usted… usted está… está bromeando…

—Soy muy simpático, señorita Grignan, pero no tanto. No pretendo en modo alguno amargarle el almuerzo. Tampoco estoy muy convencido de hacer bien contándole a usted algunas cosillas, pero… la necesito.

—¿A mí? ¿Usted? ¿Para qué?

—Por el momento, todo lo que voy a pedirle es que haga una llamada telefónica. Más adelante, quizá cambiemos de tema y se me ocurra emplearla en alguna otra cosa. Pero antes, decididamente, voy a contarle una trágica historia que comenzó en Niza hace unas sesenta y tantas horas. Veamos: en Niza, la CIA tenía como residente a un hombre llamado Roger Lambert, el cual…

Claudine Grignan no se enteró muy bien de lo que comía, pero a los postres sí estaba enterada de lo sucedido. Enterada y aterrada.

—¿Y usted cree que el señor Wallenstein tiene algo que ver con eso?

—Naturalmente. En estos momentos, el señor Wallenstein tiene apostados siete hombres en el *Stella Maris*. Todos armados, por supuesto. En cuanto al *Stella Maris*, con esas treinta y tantas personas a bordo, es evidente que forma parte de los planes del señor Wallenstein. ¿Él dijo que no habría derramamiento de sangre? Ya lo veremos. Me pregunto qué ocurriría con las personas que hay ahora en el *Stella Maris* si algo no le saliese bien al refinado y extravagante señor Wallenstein.

—Pero ¿qué podemos hacer?

—Ya se lo he dicho: llamar por teléfono. La llamada… Perdone un momento. ¿Dónde están los lavabos?

Desconcertada, Claudine lo indicó. Segundos después, Chester se encerraba en una de las cabinas higiénicas, sacaba la pitillera, que seguía zumbando, y gruñía:

—¿Sí?

—Perdone que sea yo quien llame, señor, pero tenía que hacerlo.

—Está bien. ¿Qué ocurre ahora?

—Recordará usted, señor, que Eusebius Wallenstein está almorzando en Chez Perigord. Pues bien, nuestro compañero asegura que Wallenstein ha hecho contacto con un hombre en los lavabos.

—Parece que están de moda —sonrió secamente Grant—. ¿Qué hombre? ¿Lo conocemos?

—No, señor. Estaba almorzando en Chez Perigord. Al terminar ha ido a los lavabos. Inmediatamente, Wallenstein ha ido también a los lavabos. El otro ha salido un poco antes y ahora está tomando café en el bar de Chez Perigord. Wallenstein ha regresado a su mesa, con la secretaria. Nuestro compañero quiere saber si continúa detrás de Wallenstein o sigue al otro.

—¡Maldita sea! ¿Por qué sólo dispongo de tres hombres? ¿Es que no hay más soportes en Europa?

—Sí, señor, pero están en la zona de Niza, por lo del residente de allá. Lo siento, señor. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—Sigan al otro —gruñó Grant—. A Wallenstein ya sabemos dónde encontrarlo.

Salió de la cabina y regresó al restaurante. Claudine le miró todavía un poco desconcertada, y Chester no pudo evitar una sonrisa.

—Le aseguro que puedo contener mis necesidades fisiológicas, señorita Grignan, pero no me pareció inteligente atender aquí mismo una llamada por mi radio de bolsillo.

—¡Oh!

Grant miró su reloj. Wallenstein y Danielle Mabillon debían estar a punto de marcharse de Chez Perigord. Más o menos, quince minutos. Luego, otros tantos para llegar a la quinta.

—Vamos a darles un margen de cuarenta y cinco minutos —murmuró—. Luego, hará usted la llamada que le indicaré.

* * *

Danielle Mabillon colgó el teléfono, y se volvió hacia Wallenstein, que la contemplaba expectante. Había oído lo suficiente para saber quién había llamado.

—La hija de Grignan… ¿Qué quería?

—No lo sé. Me ha citado, eso es todo. Y recalcando que su padre no debe enterarse de esta cita.

Wallenstein, sentado en el sofá, se quedó mirando la radio a transistores que tenía sobre la mesita. Una radio con onda larga, corta, grabadora y reproductora de *cassettes*, frecuencia modulada… En aquellos momentos emitía música. Lo cual parecía tener no poco irritado a Eusebius Wallenstein.

—Por todos los demonios… ¿Cuándo van a dar la noticia? Son

ya casi las dos y media… ¡Como ese maldito Vikelas haya fallado en algo…!

—Creo que tu impaciencia no está justificada, Eusebius. Nikos Vikelas tenía que tomar el *Stella Maris*, y hacerse a la mar en él, con todos sus ocupantes. Eso lo hizo. Pero luego tenían que utilizar la radio del yate para comunicarse con los guardacostas franceses, éstos tenían que verificar la realidad del secuestro, y luego tomar decisiones…, entre las cuales es muy posible que hayan retrasado la de hacer público el secuestro por medio de la radio que emite para el público. No es fácil tomar decisiones en una situación de la que dependen las vidas de más de treinta personalidades europeas.

—Quizá tengas razón —admitió Wallenstein—. Bien, tenemos esa llamada de la hija de Grignan. Creo que deberíamos llamar al padre a ver qué pasa.

—La muchacha ha dicho que su padre no debe enterarse.

—Si está ocurriendo algo con respecto a Grignan, todo va a complicarse mucho. Y tenemos a ese maldito *play-boy* dando vueltas por aquí, sin poder controlarlo, pues nos hemos quedado solamente con Werfel y Chamfort.

—Yo creo que estás equivocado con respecto a Grant. No sabe nada de nada. Él está aquí por los diamantes que te pidió, eso es todo.

—¿Y lo de Minou y los otros?

—¿Crees que lo hizo él? Vamos, Eusebius… Si Grant fuese de la CIA y Minou hubiese hecho… o intentado anoche lo que le ordenaste, Grant habría dado la voz de alarma, y en estos momentos tendrías a toda la CIA de Europa encima. En cambio, estuvo aquí por la mañana, tan atento, y claro —sonrió fríamente—, preocupado solamente por su negocio de los diamantes.

—Bueno… Parece que en estos momentos tienes la mente más clara que yo, Danielle. Está bien, ve a ver a esa muchacha. Pero no irás sola, por si acaso. Tú toma un taxi, que puedes pedir desde aquí. Y Chamfort y Werfel irán detrás tuyo.

—¿Y vas a quedarte solo?

—¿Qué puede ocurrirme aquí? Todo lo que quiero es escuchar de una vez la noticia por la maldita radio. Pide el taxi. Yo voy a avisar a esos dos.

Danielle echó los brazos en torno al cuello de Eusebius Wallenstein, sonriendo, y le besó ligeramente en los labios.

—Gracias por preocuparte tanto por mí, querido… Pero no temas: yo sola puedo controlar perfectamente a esa jovencita.

—Así lo espero, querida.

Wallenstein quedó solo en la casa. Es decir, con el criado, que por supuesto también era de armas tomar, como todos sus empleados personales. Y además, afuera estaba el jardinero…

Eusebius Wallenstein estaba irritado aquel día porque las muertes de Minou, Louvain y Sémard podían tener otro significado que el expuesto por la policía, y por Danielle. La teoría era que los tres se habían ido con el coche isla adentro, con propósitos personalísimos. Y lo probaba el hecho de que Minou hubiese sido hallada en el asiento de atrás, con uno de los hombres. Algo había ocurrido durante aquel viaje, cuando volvían, y el que conducía el coche había perdido el control… Todo esto era plausible, ciertamente, pero Wallenstein se preguntaba qué habían ido a hacer Minou y las otras dos islas adentro, cuando las órdenes que tenían con respecto a Chester Grant eran bien claras y concretas.

¿Quizá Minou había decidido divertirse primero con Sémard y Louvain, y al regreso había sobrevenido el accidente? Sí, podía ser, claro. Por otra parte, si Minou hubiese estado en el hotel con Grant, éste habría comprendido la jugada, y a menos que fuese un sujeto especial, habría tomado otras medidas que presentarse tan tranquilo en la casa.

—¡Al demonio! —masculló Wallenstein—. Lo que a mí me interesa ahora es que den la noticia por la radio.

Pero tuvo que continuar escuchando música. Hasta que de pronto, pensó en la hija de Grignan. ¿Qué podía querer aquella muchacha? ¿Qué podía estar tramando, a espaldas de su padre?

* * *

Danielle se apeó del taxi y fue hasta la esquina indicada por Claudine Grignan para la cita.

En seguida vio el coche de color granate, y al volante a la muchacha esperando impaciente. Claudine también la vio, sonrió crispadamente y se inclinó hacia la derecha, para abrirle la portezuela. Danielle se sentó a su lado, mirándola con curiosidad.

—¿Qué ocurre?

—Tengo necesidad de hablar con usted a solas.

—¿Sobre qué? Debo decirle que al señor Wallenstein no le gusta nada esto, señorita Grignan.

—El señor Wallenstein quedará satisfecho cuando usted le informe de nuestra conversación.

—Más vale así. ¿Y bien?

Claudine movió negativamente la cabeza, y puso el motor en marcha. Danielle frunció el ceño, pero ya no dijo nada más. Estaba bien claro que la hija de Grignan no quería hablar allí.

Poco después, dejaban atrás Ajaccio. Danielle volvió la cabeza y vio el Mercedes de Wallenstein tras ellos, con Chamfort al volante y Werfel a su lado. Llevando tras ella aquella protección, no podía ocurrirle nada malo. Encendió un cigarrillo, y se dedicó a mirar el áspero paisaje, y el mar, a su izquierda. Cuando terminó el cigarrillo, preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A un chalé en la playa, cerca de *Tour* de la Panata.

—¿Qué hay allí? ¿De quién es el chalé?

Claudine movió negativamente la cabeza. Danielle apretó los labios y encogió los hombros. Luego, volvió la cabeza de una vez más: el «Mercedes» seguía tras ellas. Todo iba bien. Miró su reloj de pulsera: eran las tres y diez de la tarde. Una hermosa tarde de sol. Tibio sol de otoño en Córcega.

—¿Funciona la radio?

—Desde luego —asintió Claudine.

Oprimió la tecla. Estaban dando un programa popular que Danielle desconocía. Danielle movió el dial, en busca de otro programa…

—¿Busca algo especial? —preguntó Claudine.

—Noticias.

—A esta hora no hay ningún noticiario.

—Lo habrá —sonrió Danielle.

Y no se equivocó. Apenas terminar aquel programa, la noticia fue dada por la radio por un locutor que a duras penas podía contener la excitación. Su voz sonaba tensa:

—Noticia de última hora. Un grupo de hombres armados se ha apoderado del yate *Stella Maris*, propiedad de los condes de

Aurillac, que están efectuando un crucero en compañía de unos treinta invitados de la alta sociedad europea. Al parecer, se trata de un grupo de terroristas corsos, que han amenazado con la muerte de varias personas si cualquier tipo de embarcación se aproxima a menos de una milla del *Stella Maris*. El secuestro ha sido organizado con el fin de disponer de rehenes que permitan a los terroristas disfrutar de seguridad, mientras las autoridades estudian la proposición que ya ha sido notificada a París. La proposición es la siguiente: los terroristas exigen que todas las fuerzas armadas de la isla depongan sus armas y abandonen los acuartelamientos; asimismo, la policía deberá acatar esta disposición de los terroristas. El objetivo de esto consiste en apoderarse de todos los medios de comunicación y plazas fuertes en Córcega, a partir de cuyo momento, y siempre reteniendo a los rehenes, los terroristas esperarán la decisión de París sobre la segunda parte de la propuesta: Francia debe conceder la independencia total a Córcega. Si la primera propuesta no es aceptada, los terroristas disponen de más hombres repartidos por toda la isla, y armas suficientes para entablar una auténtica guerra; a la que seguiría el hundimiento del *Stella Maris* con todos sus ocupantes. Si París, una vez ocupada Córcega por las fuerzas revolucionarias, persistiese en sus negativas… Seguiremos informando a ustedes.

Danielle miró sonriente a Claudine, y la vio pálida, con los ojos muy abiertos, expresión incrédula.

—¿Está asustada? —rió.

—Por el amor de Dios… ¿Qué es todo esto? ¿Tiene algo que ver con ustedes, con las proposiciones que le hicieron a mi padre?

—Ya les dijimos que no habría derramamiento de sangre.

—¡París no aceptará esas propuestas!

—¿Eso piensa? Eusebius y yo lo vemos de otro modo. ¿Falta mucho para llegar a ese chalé?

—No, no… Estamos llegando ya.

Efectivamente. Tan sólo tres o cuatro minutos más tarde, tras breve vacilación, Claudine metió el coche por un camino a la izquierda. Otro minuto después, detenía el coche delante de un pequeño chalé de blancas paredes y tejado rojo, en cuyas ventanas había sólidas rejas de hierro forjado. Su inexpugnabilidad quedaba disimulada, dulcificada por las flores y el suave tono azul de las

ventanas adornadas con cortinas blancas.

—¿Es de ustedes? —preguntó Danielle.

—De un amigo. Vamos a entrar.

Danielle volvió una vez más la cabeza, vio el «Mercedes» detenido a poca distancia a un lado del camino, casi oculto entre unos árboles, y asintió. Todo iba bien.

Claudine ya se había apeado. Fue hacia un senderillo de piedras planas que conducía hacia la casa, las fue contando, y por fin se inclinó sobre una, la alzó y recogió la llave que la piedra había estado ocultando. Abrió la puerta y se apartó, cediendo el paso a Claudine, cuya actitud era un tanto desconfiada. Claudine alzó las cejas con gesto sorprendido, y optó por entrar en primer lugar. Esperó a que lo hiciese Danielle, cerró la puerta y señaló la que se veía a la izquierda del pequeño recibidor.

—Vamos a la salita.

Entraron en la salita, y Claudine descorrió las blancas cortinas, tras abrir la ventana de doble hoja.

—Siéntese —invitó—. ¿Quiere tomar algo mientras esperamos?

—Esperamos, ¿a quién?

Claudine sonrió. Fue hacia la librería, estuvo mirando los lomos de los libros, y por fin retiró dos de ellos. Metió la mano por el hueco y sacó una pistola, con la que apuntó rápidamente a Danielle, que soltó un fuerte respingo.

—¡Siéntese! —exigió Claudine, con voz aguda—. Y le aseguro que soy capaz de disparar contra usted si se mueve.

¿Realmente? Danielle entornó los ojos, fijos en los de Claudine Grignan. ¿Realmente aquella muchacha era capaz de disparar contra ella? Decidió no correr el riesgo, y se sentó en un sillón… Claudine fue a sentarse en otro, frente a ella, sin dejar de apuntarla. Y eso fue todo.

—¿A quién estamos esperando? —Comprendió Danielle.

CAPÍTULO VII

—¿Las esperamos o vamos a la casa? —preguntó Chamfort.

—Creo que es mejor esperar, por el momento. No creo que Danielle corra peligro alguno a solas con la hija de Grignan.

—¿Cómo sabes que están solas?

—Hombre, yo diría que ha recogido la llave de debajo de aquella losa. Y si la llave estaba allí, y la puerta cerrada, es que no había nadie en la casa.

Irrebatible. Chamfort encendió un cigarrillo, y Werfel le imitó. Parecían muy satisfechos, y por supuesto, a esto no era ajeno la noticia que habían escuchado por la radio del coche. Todo iba perfectamente.

Sí. Todo fue perfectamente, hasta que unos minutos más tarde, cuando ya habían terminado los cigarrillos, una cabeza apareció, de pronto, en el hueco de la ventanilla izquierda, muy cerca de la de Chamfort, que soltó un respingo y se volvió a mirar con los ojos muy abiertos. Werfel también miró, al oír el respingo de su compañero… y también vio la pistola con silenciador, y, encima del arma, el bronceado rostro de Chester Grant.

—Pongan las manos sobre la cabeza —dijo Grant, secamente—. Y salgan del coche, los dos por esta puerta… ¡Vamos!

Con la mano izquierda, Grant abrió la portezuela, retrocediendo un par de pasos e inclinándose, para no perder de vista a los dos hombres, que ya tenían las manos sobre la cabeza, entrelazados los dedos. Salieron del coche, siempre mirando con tensa expresión a Grant, que ordenó:

—Permanezcan con las manos en la cabeza, apoyen la frente en el coche y echen los pies hacia atrás. ¿Lo entienden?

Lo entendían. Se alejaron un paso después de apoyar la frente en

el coche, de modo que quedaron inclinados hacia delante. El *play-boy* se acercó a Chamfort por detrás, y le quitó la pistola de la funda axilar. Hizo lo mismo con Werfel, mientras Chamfort le observaba de reojo.

Recién quitada la pistola a Werfel, Chester Grant golpeó a éste en la cabeza con su arma. Werfel lanzó un gemido, y comenzó a desplomarse, mientras Chamfort creía que la ocasión debía ser aprovechada, y se volvía velocísimamente, recuperando la vertical y disparando su puño derecho hacia la barbilla de Grant.

El puño llegó a su destino, pero los resultados dejaron aterrado y estupefacto a Chamfort; sólo un momento, desde luego, pues Chester Grant, tras encajar el puñetazo sin pestañear, golpeó a Chamfort en el estómago con la izquierda, lo tiró contra el coche de un rodillazo en la cara cuando se inclinaba, y al rebote le golpeó con la pistola en la barbilla. Con los ojos en blanco, Chamfort se desplomó como muerto a los pies de Chester Grant.

Éste se llevó la mano izquierda a la barbilla, la tocó cuidadosamente y frunció el ceño, mientras la movía a un lado y a otro, asegurándose de que la conservaba entera.

—¡Serás cochino! —masculló, propinándole un puntapié en el hígado a Chamfort.

Guardó la pistola, metió a los dos hombres en el coche y condujo éste hasta delante de la casa.

Cuando entró en la salita, con Werfel doblado sobre un hombro y arrastrando a Chamfort por el cuello de la chaqueta, Danielle se crispó en su asiento, lanzando una exclamación. Chester dejó caer a Werfel y soltó a Chamfort, mientras dirigía una amable mirada a la secretaria privadísima.

—¿Qué tal, señorita Mabillon? —Y sin esperar respuesta, miró a Claudine, que había lanzado un suspiro de alivio y bajado la pistola —. No te relajes, bella corsa: tienes que seguir controlando a la hermosa Danielle durante unos minutos más.

Salió de la casa, se metió en el «Mercedes» y lo condujo hasta donde habían quedado las pistolas, en el suelo. Las recogió, volvió al coche y continuó alejándose de la casa. Sólo unos trescientos metros, hasta donde había dejado su coche. Metió el «Mercedes» entre los pinos, tiró las dos pistolas hacía unos matorrales y regresó

a su coche, con el cual llegó en pocos segundos de nuevo ante la casa.

Cuando reapareció en la salita, fue directo hacia Claudine, le quitó la pistola de la mano y la obligó a ponerse en pie. Le dio un besito de lo más simpático en los labios y sonrió.

—Debe haber algo para beber por aquí. Mira a ver.

—¿Ha… ha escuchado por la radio la…?

—Sí. Oye, ¿yo hablo mal el francés?

—No —se sorprendió Claudine—. Al contrario, lo habla usted muy bien.

—¡Ah! Bueno, en inglés nunca se sabe cuándo le tutean a uno, porque tanto *tú* como *usted* se dice *you*. Pero en francés, *tú* es *tú*, y *usted* es *vous*. Yo he dicho, pues, lo suficiente para qué se comprendiese que te estaba tuteando. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Y…?

—Tú tienes razón —consiguió sonreír Claudine—. ¿Has escuchado la noticia por la radio?

—Yes. Y como es evidente que tú también ya sabes en qué basaba Wallenstein la oferta de poner Córcega en manos de tu padre sin derramamiento de sangre… ¿Crees que tu padre aceptará seguir este juego? ¿O por el contrario se apresurará a denunciar a Wallenstein a las autoridades, comprendiendo que la jugada es de él?

—No creo que mi padre haga nada, por el momento… Cuando la última vez salió tan bien librado, se le advirtió claramente que si volvía a las andadas lo encerrarían en la cárcel. No, no creo que haga nada, por ahora. Esperará.

—Es lo mejor para todos. Bueno —la volvió a besar en los labios—, busca algo para beber. Mientras tanto, yo conversaré amistosamente con la hermosa Danielle. ¡Ah! Y busca unas cuerdas o algo parecido. Bueno, bueno, bueno —se sentó Grant en el sofá como pretendiendo ocuparlo todo, fija su mirada en Danielle—. ¿Y qué? ¿Nos vamos a entender bien, señorita Mabillon?

—No —replicó ella, fríamente.

—¿Usted cree? —sonrió no menos fríamente Grant; encendió un cigarrillo, estuvo unos segundos mirando el humo, y de pronto volvió a mirar a Danielle—. Yo soy un hombre que viaja prevenido,

señorita Mabillon. Hasta el punto de que si sus amigos que viajaban en el *Stella Maris* no hubiesen descuartizado a Korlak para tirarlo al mar por la portilla del camarote, las cosas estarían ahora de modo muy diferente, pues él me lo habría contado todo. Pero así están las cosas, y va a ser usted quien tendrá que contármelo.

—¿Piensa torturarme?

—¡Por favor! —rechazó Grant, con elegante gesto—. Soy un hombre moderno, señorita Mabillon. En estos tiempos se impone el diálogo, básicamente. Y si falla el diálogo, hay métodos refinados y sofisticados que sustituyen con grandísima ventaja a los medievales de la tortura. Y digo con ventaja porque utilizando esos métodos, uno tiene la completa seguridad de que le están diciendo la verdad, lo cual no siempre ocurre con el diálogo normal.

—No le comprendo —musitó Danielle.

—Pues es usted muy torpe. —Chester sacó el estuche que parecía de pluma estilográfica, y lo abrió—. ¿Se le ocurre qué puede ser esto?

Danielle vio la jeringuilla, y palideció.

—No… ¡No, no!

—Tranquilícese. No es veneno, como el que Minou pretendió inyectarme. Es una mezcla muy interesante conseguida en los laboratorios de la CIA. Dispongo de dosis para vía oral, como la que le administré a Korlak, y dosis para vía intravenosa. Con usted he preferido utilizar esta última. Por cierto, ¿le había dicho ya que trabajo para la CIA? No, ¿verdad?

—¿Piensa… inyectarme eso?

—Por supuesto.

—No… Prefiero el diálogo.

—Lo cual me impele a mí a preferir mi propio sistema, con el que, como he dicho, es poco probable que obtenga mentiras. Y en estos momentos es absolutamente vital que obtenga la más estricta verdad. Sea tan amable de tender su brazo.

—¡No!

—¡Qué tontería! —sonrió Grant.

Se puso en pie, tras dejar cuidadosamente el estuche con la jeringuilla sobre el sofá, y se acercó a Danielle, que se puso en pie y echó a correr hacia la puerta… Chester Grant sólo tuvo que alargar un brazo, asió a Danielle por el cuello, apretó con dos dedos, y

Danielle rodó por el suelo como fulminada por un rayo, sin sentido.

—¡Qué grandísima tontería! —insistió Chester.

Recogió el estuche, se arrodilló junto a Danielle y segundos después, le inyectaba hábilmente el suero de la verdad. Guardó la jeringuilla, llevó a Danielle al sofá y se volvió hacia Claudine, que esperaba con unas cuerdas en las manos.

—Me ha parecido mejor buscar primero las cuerdas.

—Excelente, bella corsa, excelente.

Con las cuerdas, Grant ató a Werfel y Chamfort de pies y manos, de tal modo que no tenían ninguna posibilidad de soltarse. Se sentó en un sillón tras recoger del suelo el cigarrillo, y miró su reloj. Luego miró a Danielle, con el ceño fruncido. Pero sonrió cuando Claudine le tendió un vaso con *whisky*.

—No hay hielo.

—Es igual. ¿Tú no bebes?

—No.

Grant la asió de una mano y la hizo sentarse en sus rodillas. Claudine le rodeó el cuello con los brazos y le besó en la boca, apoyando luego la cabeza en su cuello.

—¿Qué va a pasar? —musitó.

—No lo sé —musitó también Chester, deslizando la mano libre por una rodilla de la muchacha, que se estremeció—. Pero si con Danielle Mabillon no obtengo resultados inmediatos, habrá que buscar soluciones rápidamente, sean cuales fueren.

—Pero con ese suero de la…

—No —negó Grant—. Algunas personas se han inmunizado contra sus efectos. Aunque no creo que éste sea el caso de la Mabillon. No tiene categoría para ello. Y estoy seguro de que Korlak tampoco la tenía. Así que vamos a esperar.

Siete u ocho minutos más tarde, Danielle gimió y se movió. Claudine miró vivamente a Chester, que le dio un besito en el cuello, y se incorporó, quedando ambos en pie. Arrastró un sillón hacia el sofá, y se sentó delante de Danielle. Le tomó el pulso, le alzó un párpado y asintió.

—Danielle, querida, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí… Sí, estoy bien…

—Cuánto lo celebro, mi amor. Te gustaría que conversásemos un poco, ¿verdad? ¿Verdad que sí, querida?

—Sí, sí…

—Espléndido. Bien, vamos allá…

* * *

Debían ser las seis y media de la tarde cuando el hombre que fumaba aburridamente en la diminuta sala de estar de aquel apartamiento se irguió vivamente. Luego se inclinó hacia la mesita sobre la cual estaba el teléfono, y junto a éste, tres pequeñas radios a transistores, una de las cuales estaba zumbando.

—¿Sí? —Atendió la llamada.

—¿Saben ustedes nadar, supongo? —Sonó la voz de Grant.

—Nadar… ¿Nadar, señor?

—¡Nadar! ¡En el agua!

—Sí, señor… Claro, en el agua… ¡Sí, señor, por supuesto!

—Bien. He comunicado con Marsella desde el chalé para pedir ayuda, pero no puedo esperar a que llegue para lo que he planeado. Ellos se dedicarán a otra cosa si nosotros conseguimos la primera. Quiero decir que ustedes tres van a tener que trabajar en firme. *¿Okay?*

—*Okay*, señor.

—Bien. Consiga cuatro equipos de hombre rana. Completos. Y cuando digo completos, quiero decir completos. También vamos a necesitar alquitrán. Un bote pequeño. Con todo eso, vayan los tres al aeropuerto, donde les estaré esperando. ¿El helicóptero continúa listo para servicio?

—Naturalmente, señor.

—Pues eso es todo.

—Señor… Un momento, por favor. La radio…

—Ya sé lo que ha dicho la radio.

—Claro. Bueno, respecto al sujeto aquel que estuvo en los lavabos de Chez Perigord con Wallens…

—¡No me interesa ese sujeto en estos momentos! ¡Le he dado unas órdenes claras y concretas, y quiero que las cumpla usted ahora mismo!

—Sí, señor… ¡Sí, señor!

El agente soporte de la CIA cerró la radio y soltó un resoplido.

—¡Qué mala uva tiene el puñetero este! —masculló—. ¡Y tan simpático que parece en las revistas!

Se puso en pie, desperezándose. ¿Trajes de goma, equipo completo de hombre rana? Eso sólo podía estar relacionado con el *Stella Maris*.

CAPÍTULO VIII

Anclado de proa y popa sobre un bajío a unas cinco millas marinas de la costa, el *Stella Maris* apenas se movía a impulsos del suave oleaje. En cubierta había solamente dos hombres, uno a popa, otro a proa, ambos con prismáticos, escrutando incesantemente el mar y el cielo. Cuando apareció el helicóptero, uno de los hombres llamó al otro con un grito estentóreo.

—¿Qué hay? —Acudió el llamado.

El otro señaló. El helicóptero quedó centrado en los dobles círculos de ambos gemelos. Pero no había cuidado. Pasó a mucha distancia y desapareció hacia el Sur.

—De todos modos, ¿qué podrían intentar con un helicóptero?

—Algo tendrán que hacer. Y no me sorprendería nada que enviasen a alguien para negociar el asunto.

—¡Bah! Al menos no será hoy. Pronto será de noche y ya deben haber comprendido que si de noche intentan algo, vamos a arrojar unas cuantas cabezas al mar. Voy a ver a Nikos para preguntarle qué hacemos durante la noche.

Nikos Vikelas, un griego de torvo semblante con barba cerradísima, manos enormes y cuerpo bajo y robusto, estaba sentado en el salón del yate, contemplando con apacible expresión irónica a los condes de Aurillac y a aquellos de sus invitados que permanecían allí. Otros invitados, especialmente las mujeres, habían optado por acogerse a la autorización de Vikelas para permanecer en los camarotes. Por supuesto, Nikos no temía reacción alguna por parte de aquellas personas. No sólo estaban muertas de miedo, sino que lógicamente lo primero que habían hecho al apoderarse del yate, fue registrarlo de arriba abajo, requisando las pocas armas que había a bordo: un rifle y dos

pistolas. Los tripulantes estaban encerrados en un camarote, ante cuya puerta, uno de los hombres montaba guardia armado con su pistola y con el rifle encontrado; y no sólo vigilaba aquel camarote, sino el pasillo completo.

Así pues, en el salón solamente quedaban Nikos Vikelas y tres de sus hombres. Más que suficientes para mantener a raya a los amedrentados rehenes. Nadie ignoraba que a la más pequeña molestia que ocasionasen a aquellos hombres, las armas comenzarían a disparar, con la consiguiente masacre…, a la que nadie parecía estar dispuesto.

—¿Qué hay, Nino? —saludó Vikelas.

—Nada importante. Ha pasado un helicóptero, pero muy lejos, y ha seguido hacia el Sur. Pronto será de noche, Nikos. ¿Vamos a encender las luces de posición o no?

—Claro que sí —gruñó Vikelas—. Me importa un pito que sepan dónde estamos, pues se guardarán muy bien de intentar nada: sería condenar a muerte a toda esta gente. En cuanto a las luces, es mejor encenderlas, no sea que aparezca algún barco que no esté al corriente del asunto y nos embista. O que se acerquen con lanchas y luego digan que como no nos habían visto, que como creían que estábamos más lejos… ¿Comprendes?

—Sí —sonrió Nino—. Bueno, voy a buscar al capitán del yate para que se encargue de hacer lo reglamentario. ¿Te parece bien?

—Sí, hombre, naturalmente. Dentro de un par de horas, Baring y Huysmans subirán a relevaros a Zobel y a ti.

—Bueno. ¿Cuándo volverás a llamar por la radio?

—Ellos han de llamar mañana a las diez para decirnos lo que han decidido en París.

—¡Ah!

Nino fue hacia los camarotes y reapareció poco después acompañado del capitán del yate, dirigiéndose ambos a cubierta. Nadie parecía tener ganas de conversación. Nikos efectuó un descomunal bostezo y se puso en pie.

—Creo que todos deberíamos comer algo. Iré a charlar con el cocinero.

Arriba, el capitán del yate estaba dando instrucciones a Nino de Sá, mientras en la popa, Pierre Zobel seguía escrutando el cielo y el mar con los prismáticos.

La noche llegó, lentamente. Las luces de posición del yate comenzaron a brillar en la oscuridad del mar, así como las del salón, con el ventanal corrido, y en los camarotes, por cuyas portillas aparecían redondos haces de luz.

A las diez, Zobel y de Sá fueron relevados por Huysmans y Baring, un inglés y un alemán de cara hosca, de malas pulgas, que aparecieron metiéndose los dedos en la boca y sacando restos de cena, o escupiéndolos. A las once y cuarto, Baring se acercó a Huysmans, que estaba en proa.

—¿No has oído un helicóptero? —preguntó.

—Sí. Pero muy lejos. Por lo menos, a una milla.

—No tanto, hombre.

—Bueno, ¿y qué? Nos están vigilando, ¿y qué? ¿Qué mierda nos importa eso? Te apuesto eso a que no se atreven a hacer nada.

—Creo que tienes razón. Y ya no se oye el helicóptero.

Alrededor del yate, el agua estaba iluminada hasta considerable distancia, pero tanto Huysmans como Baring, no concedían gran importancia a esas aguas cercanas. Escuchaban por si se producían lejanos ruidos, o zumbido de motores, y de vez en cuando, intentaban ver en la oscuridad, muy lejos del yate, o en el estrellado cielo alguna luz roja o verde que se moviese… Nada. Evidentemente, y como postura inicial, el Gobierno francés no pensaba arriesgar por ningún concepto las vidas de más de treinta personas, sobre cuya situación el mundo entero debía estar ya enterado.

Suele ocurrir a veces que se fracase por no atender debidamente los pequeñas detalles.

Si Huysmans y Baring los hubiesen atendido, se habrían asomado por la borda de cuando en cuando, mirando hacia el agua junto al costado del yate, inspeccionando la zona iluminada. Como no lo hicieron, como no se asomaron a la borda, no pudieron ver las oscuras formas que emergieron rozando el casco del yate, dos a proa y dos a popa, muy cerca de las cadenas de las anclas.

Y mientras ellos inspeccionaban estúpidamente el cielo y el mar en la distancia, los cuatro hombres rana que veinte minutos antes habían saltado al agua desde un helicóptero, en suspensión, a poco más de media milla de allí, procedieron a la iniciación de la segunda parte de su arriesgada misión. Dos de ellos se hicieron

cargo de los tubos de aire que los otros dos desprendieron de su espalda, y acto seguido, de las aletas de goma de los pies; luego, se quedaron mirando hacia la borda, vigilantes, apuntando hacia allí sus fusiles de aire comprimido con el agudo arpón listo para ser disparado.

Los dos que se habían desprendido de parte de su equipo, sacaron las ventosas de goma de una bolsa impermeable, y las adhirieron al casco, lo más arriba que pudieron. Luego, se colgaron del cuello sus fusiles y del cinto, la bolsa, también impermeable, con armas de fuego. Es muy posible que aunque en aquel momento uno de los dos vigilantes de cubierta hubiese mirado hacia el agua no hubiese visto nada, a menos que hubiese mirado con gran detenimiento, ya que los rostros y las manos de los cuatro hombres estaban tiznados de negro.

Pero seguían sin mirar.

Y mientras tanto, los dos hombres rana iniciaron la difícil ascensión, subiéndose a pulso y agarrándose a las ventosas, despegando una para volver a adherirla más arriba, y sosteniéndose a pulso mientras despegaban la otra para hacer lo mismo. Uno de ellos lo hizo con gran seguridad, el otro con visible esfuerzo. Pero los dos llegaron a la borda, y entonces, sus manos se aferraron a ella…

En la cubierta, Huysmans terminó de encender su tercer cigarrillo, y expelió con fuerza el humo, mirándolo recortarse en la luz estelar.

… Y así estaba cuando le llegó el arpón, por la espalda.

Huysmans tuvo tiempo de oír el silbido, e incluso el impacto del arpón en su carne; el poderoso impacto que lo empujó hacia delante y le hizo escupir el cigarrillo. Sí, oyó nítidamente el doble sonido: ¡ffssss-tchoc! Y ya no oyó nada más.

En popa, Baring dejó de mirar con los prismáticos, y volvió vivamente la cabeza hacia la lejana proa del magnífico yate, al oír aquel gemido ronco y profundo, aquel hondo suspiro entrecortado.

—¿Huysmans? ¡Huysmans!, ¿qué…?

¡Fffsss-tchoc!

Baring aspiró fuertemente el aire, como si se estuviese tragando un agudo chillido, mientras retrocedía por la fuerza del impacto y finalmente caía de espaldas. Quedó tendido cara al cielo,

contemplando perplejo las estrellas, y también aquella cosa fina que sobresalía de su pecho, donde sentía un dolor insoportable. Movió los labios, y de su boca brotó un trémolo aliento, y nada más. Quedó con los ojos desorbitados, fijos en las estrellas, pero ya sin verlas.

Los dos hombres rana se reunieron en el centro de cubierta, por el lado de estribor, y cada uno de ellos mostró al otro el pulgar levantado. Luego, colocaron otro arpón en el fusil, y se separaron, regresando uno a proa y otro a popa.

Se sentaron allí, y se dispusieron a esperar. Con toda tranquilidad, como si nada hubiera pasado, como si nada estuviera pasando.

Hacia las doce y cuarto, se abrió la puerta que desde el interior del yate daba a cubierta, al lado de babor, y dos hombres aparecieron.

—Si por mí fuese, ya verías qué noche más hermosa íbamos a pasar, en Sugar de estar aquí arriba helándonos de frío. ¡Maldita sea!

—Tranquilo —se oyó una risa—. Ya conoces las órdenes: nada de molestar a las señoras.

—¡Pues hay algunas a las que molestaría muy a gusto!

—Bueno, olvídalo. Esto es demasiado importante para andarnos con tonterías. Ya tendremos tiempo de eso cuando todo termine y cobremos lo convenido. ¿Vas a popa, o a proa?

—¿Qué demonios importa un sitio u otro? ¡En los dos vamos a pasar el mismo frío! Me voy a proa.

—Bien.

Se separaron, tras aplastar los cigarrillos. Eran dos británicos, llamados William Poot y Humbert Warwick. El que iba a proa era Warwick, que llegó sin dejar de rezongar, buscando con la mirada al compañero que estuviese en aquella parte.

—¡Hey! —llamó—. Venga, cochino, el relev…

¡Fffsss-tchoc!

Warwick abrió la boca horriblemente, y saltó hacia atrás, llevando las manos al arpón que sobresalía en su garganta. Cayó con fuerza, deslizándose por la cubierta. Desde popa, llegó la voz de Poot:

—¡Humb…!

No se oyó nada más. Sólo un golpe sordo en cubierta, allá donde había sonado la voz. Una sombra negra destacó en proa, y se deslizó hacia popa, rápidamente. Allá, otra sombra negra inclinada sobre Poot retiraba en aquel momento el cuchillo, oscurecido por la sangre. Alzó la cabeza.

—He tenido que rematarlo, señor —susurró—: no le acerté bien con el arpón.

—Vamos abajo —asintió el otro.

Dejaron los fusiles de aire comprimido en la cubierta, desprendieron las bolsas impermeables de su cintura, y sacaron las pistolas con silenciador. Segundos después, abrían la puerta que conducía al interior del *Stella Maris*. Había un pequeño vestíbulo, de donde arrancaba la amplia escalera que conducía al salón, a nivel inferior al de la cubierta. Los dos hombres rana se miraron, y el más atlético desprendió del cinturón la lente monocular, y se la puso.

Luego, asintió, y ambos, pistola en mano, comenzaron a bajar, pisando fuerte, con toda naturalidad, tranquilos.

Cuando aparecieron de súbito en el salón, con un ágil salto, Nikos Vikelas estaba mirando hacia la puerta, por supuesto convencidísimo de que quienes bajaban eran Paul Huysmans y John Baring.

Al ver aparecer a los dos hombres de negro, lanzó un respingo, y se puso en pie de un salto, llevando la mano derecha al sobaco izquierdo.

—¡Zobel, hay…!

¡Plop!, disparó el hombre rana más alto.

Nikos Vikelas lanzó un agudo chillido, y volvió a caer con fuerza en el sillón, con una bala en el centro del pecho, mientras Pierre Zobel, que estaba en otro sillón hojeando una revista, ni siquiera tenía tiempo de reaccionar para ponerse en pie. El otro rana disparó, y la frente de Zobel se hundió con escalofriante chasquido.

Mientras tanto, el primer rana en disparar corría hacia el pasillo, ante la aterrada mirada de los invitados que permanecían en el salón.

Apareció en el extremo del pasillo cuando Nino de Sá, rifle en mano, corría hacia el salón. Al ver al oscuro personaje, de Sá lanzó un alarido, y se detuvo tan en seco que cayó de rodillas y soltó el rifle para apoyar las manos en el suelo. Esto, que en principio podía

considerarse un gran contratiempo, le salvó la vida, ya que cuando saltó hacia el rifle, el rana estaba ya delante de él, y uno de sus descalzos pies teñidos de negro cayó sobre el rifle, apretándolo contra el suelo, mientras descargaba un golpe con la pistola en la cabeza de Nino, que quedó como fundido al suelo, con la cabeza abierta, despatarrado, como una rana aplastada.

El otro rana apareció en el extremo del pasillo.

—¿El séptimo, señor?

Chester Grant asintió con la cabeza, y regresó hacia el extremo del pasillo. Su compañero soporte sabía perfectamente que no debía pronunciar su nombre en ningún momento, ni obligarle a hablar bajo ningún pretexto, so pena de que los invitados del *Stella Maris* reconociesen en el implacable personaje al divertidísimo y buen muchacho que siempre era Chester Grant.

Éste pasó por el centro del salón, a toda prisa, hacia la cubierta, siempre con la lente monocular puesta. El otro rana apareció tras él, esperó a que hubiese abandonado el salón, y se dirigió a los invitados:

—Ya no tienen nada que temer. La situación está perfectamente controlada… ¡Por favor, nada de histerismos, nada de excitaciones! Vayan a tranquilizar a sus esposas e hijas, y luego, simplemente, retírense todos a sus camarotes, y no salgan de allí, pase lo que pase.

—¿Quiénes son ustedes? —Se adelantó Henri de Aurillac.

—Olvídelo, por favor. No hagan nada, no pregunten nada, no griten de alegría, ni tomen iniciativas de ninguna clase. El *Stella Maris* no ha terminado su cometido en el mar, pero ahora está bajo nuestro control.

—Pero quisiéramos saber…

—Si es conveniente, lo sabrán más adelante. Se lo ruego, señor, vayan todos a sus camarotes. Y no salgan de ellos por ningún motivo. Muchas gracias.

—A ustedes —murmuró Henri de Aurillac.

Arriba, Chester Grant había bajado la pasarela lateral del yate, y los dos ranas que habían quedado en el agua, subieron cómodamente por ella, portando los equipos. Grant les ayudó a desprenderse de los suyos, y señaló la cabina de mandos.

—La radio. Cambien la onda a la longitud convenida con el

helicóptero, y digan solamente la frase clave. Ni una sola palabra más. Ni una sola, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Luego, reúnan los seis cadáveres aquí arriba… Uno de los siete está vivo. A ése lo quiero bien empaquetado y encerrado en cualquier sitio.

—Sí, señor.

Uno de los ranas subió a la cabina de mandos, examinó la radio, y movió cuidadosamente el dial.

—¿Robert? ¿Me oyes, Robert?

—¡Hola, Jean! ¡Aquí Robert! Dime, dime.

—Buen tiempo y buena ruta. Nos veremos mañana en Alghero. ¿Va bien?

—Va estupendo. Buenas noches, Jean.

El llamado Jean cortó la comunicación, y se quedó mirando la radio, como absorto.

—¡Dios! —exclamó, de pronto—. ¡Ni por un momento creí que pudiésemos conseguirlo!

El helicóptero pilotado por Robert llegó sólo quince minutos más tarde, acatando en todo momento las disposiciones tomadas por Chester Grant. Para entonces, la situación en el yate estaba definitivamente controlada por los agentes de la CIA. En la cubierta, uno de éstos sujetó la escala de cuerda que Robert descolgó por la abertura de la portezuela corredera. No hacía falta decir nada más. Grant subió rápidamente, cuando estuvo arriba recogió la escala, *y* el helicóptero se alejó.

—De nada —gruñó el soporte—. Otro día te va a aguantar la escala tu abuela, tarugo. Sí, señor, eres un tarugo, pero con más agallas que una ballena, ¡maldito seas!

En el helicóptero, Chester Grant se estaba quitando el negro traje de goma, lo que no fue demasiado fácil sin ayuda. Cuando terminó, tomó una botella, vertió en una toalla parte del líquido que contenía, y comenzó a frotarse el rostro.

—¿Hemos tenido alguna baja, señor?

—No.

Robert soltó un suspiro de alivio, y se dedicó con toda atención a los mandos. Muy poco después, volaban frente a Ajaccio, hacia el norte. Robert estuvo a punto de hacer un comentario, pero se

abstuvo. A fin de cuentas, Chester Grant no era nada simpático. Ni una pizca, vamos.

Llevaban volando unos quince minutos cuando Grant se sentó a su lado, vestido normalmente de calle. Sin decir una palabra, se dedicó a manipular en la radio, hasta que finalmente se volvió hacia Robert.

—¿Distancia?

—¡Oh, no hay problema, señor!: podemos hacer contacto, desde luego.

Utilizando también una onda convenida, poco usual, Chester Grant buscó el contacto:

—Pierino a Giovanni… —dijo—. Pierino llamando a Giovanni. ¿Me oyes, Giovanni? Cambio.

—¡Hola, Pierino! —le contestaron también en italiano—. ¡No me digas que has naufragado! Cambio.

—No he naufragado. ¿Cómo estáis vosotros? Cambio.

—Pues hasta ahora, estábamos preocupados, pero puesto que no has naufragado, vamos a continuar con la fiesta. Todo está perfectamente en ella. Es casi la una… No creo que se prolongue más allá de las tres. Cambio.

—Que os divirtáis. Estoy algo lejos, pero si necesitáis otro guapo muchacho, no vaciléis en llamarme. Cambio.

—Esperamos poder pasar sin ti. Cambio.

—Mejor para vosotros. Adiós, Giovanni. Cambio y fuera.

Chester cerró la radio, suspiró, y se pasó las manos por la cara. Robert lo miró de reojo.

—¿Aterrizo ya, señor?

—Sí.

Poco después, el helicóptero se posaba en una playa, en completa oscuridad. Las aspas dejaron de girar, las luces fueron apagadas.

—¿Quiere un cigarrillo, señor?

—Sí, gracias.

A las tres y media, Chester Grant, tras mirar su reloj de esfera luminosa, sacudió suavemente por un hombro a Robert, que se enderezó vivamente, sacudiendo la cabeza.

—Son las tres y media, y Giovanni no ha llamado —dijo Chester.

—¡Eso quiere decir que todo ha salido bien!

—Efectivamente. Regresemos a Campo del Oro.

A las cuatro de la madrugada, el helicóptero tomaba tierra en el aeropuerto cercano a Ajaccio. Chester Grant se despidió de Robert con un gesto, saltó del aparato, y se dirigió hacia donde había dejado el «404».

Aproximadamente a las cuatro y cuarto, entraba en la pequeña, pintoresca y agradable ciudad de Ajaccio.

Este es el final

Debían ser las seis de la tarde cuando Paula de Aurillac se puso en pie de un salto en el salón del *Stella Maris*, lanzando una exclamación de alegría.

—¡Chester! ¡Por Dios…! ¿De dónde sales?

Los demás, se abalanzaron también hacia el simpático *play-boy*, hablando todos a la vez, excitadamente, hasta que Chester no pudo más, y lanzó un grito estentóreo.

—¡Si-len-cioooo! ¿Qué demonios pasa aquí? ¿Qué os ocurre a todos? ¿Os habéis vuelto locos?

—Pero…, ¿no lo sabes? —exclamó Agnes van Haegel.

—¿Qué es lo que he de saber? Ayer al mediodía me fui isla adentro, a ver unos grandes viñedos que tenía intención de comprar, con el fin de iniciarme en el negocio de vinos y tener cosecha exclusiva… ¡Un lugar encantador! Áspero, solitario, silencioso, lleno de sol…

—¡Y sin aparato de radio o televisión, claro! —rió nerviosamente Henri de Aurillac.

—Ése es uno de sus mayores encantos —asintió Chester—. En efecto, sólo se oían pájaros de día, el rumor de las estrellas de noche…

—¡El rumor de las estrellas! —exclamó Paula—. ¡Chester, no nos digas que tu viaje a Córcega ha sido para comprar unos viñedos!

—Pues sí… Quería instalar aquí, en Ajaccio, una… Pero ¿qué os pasa a todos? ¿Por qué me miráis así? ¡Ya os he dicho lo que tanto queríais saber!

—Siempre serás un despistado —dijo Orville Fabesham—. ¡Te has perdido la gran aventura de tu vida, por no estar en el *Stella Maris*!

—¿Qué aventura? ¡Oh, santo cielo, casi me olvido…! Ya que

hablamos de aventuras, tengo algo más que deciros. Perdonadme un momento.

Para estupefacción de todos, Chester Grant salió del salón, sin más explicaciones. Reapareció en seguida, llevando de la mano a una preciosa muchacha de grandes ojos claros, boca sonrosada, cabellos color de oro y color de sol. Dulce, encantadora, distinguida. Parecía un poco amedrentada, mientras sus ojos iban de un lado a otro, con una chispa de sonrisa en las azules pupilas.

—Me he permitido traer una invitada al crucero que supongo que reemprenderemos pronto. Se llama Claudine, pero yo la llamo mi bella corsa.

—¿Tu… bella corsa?

—¡Claro! Puesto que es de aquí, es corsa, ¿no? ¡Y no irás a decirme que no te parece encantadora, Paula!

—¡Oh, sí…! ¡Por supuesto que sí, Chester! Pero…, ¡santo cielo! ¿De verdad no sabes lo que ha ocurrido?

—¿Lo que ha…? ¡Oh, sí!, vuestra gran aventura. Bueno. —Chester Grant frunció el ceño, mientras sonreía de aquel modo que le convertía en el más simpático de los muchachotes—, no sé a qué le estáis dando tanta importancia. Ya me lo contaréis. Pero no creo que os llegue a envidiar, en absoluto. A fin de cuentas —rodeó la cintura de Claudine con un brazo—, se puede decir que yo también he encontrado la gran aventura de mi vida… ¿No estás de acuerdo, bella corsa?

—Lo estoy, bello americano —sonrió dulcemente Claudine Grignan.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Iniciales de Direction de la Surveillanee du Territoire (Dirección de la Vigilancia Territorial), organismo de seguridad francés. < <